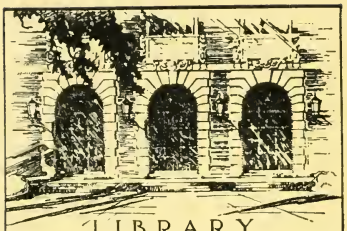
OAK ST. HDSF



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

370.954
P31sSc
1919

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

MORADA DE PAZ

(SHANTINIKETAN)

OBRAS DE RABINDRANATH TAGORE

(Según el testo inglés, escrito o revisado por el propio autor).

PUBLICADAS

LA LUNA NUEVA (POEMAS DE NIÑOS). *Tercera edición.*
EL JARDINERO (POEMAS DE AMOR Y VIDA). *Tercera edición.*
OFRENDA LÍRICA (GITANJALI) (POEMAS). *Tercera edición.*
LA COSECHA (POEMAS). *Tercera edición.*
PÁJAROS PERDIDOS (SENTIMIENTOS). *Tercera edición.*

EL CARTERO DEL REY (POEMA DRAMÁTICO). *Tercera edición.*
EL ASCETA (SANYASI) (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
EL REY Y LA REINA (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
MALINI (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
CHITRA (POEMA DRAMÁTICO). *Primera edición.*
CICLO DE LA PRIMAVERA (COMEDIA). *Segunda edición.*
EL REY DEL SALÓN OSCURO (POEMA DRAMÁTICO). *Segunda edición.*
SACRIFICIO (POEMA DRAMÁTICO). *Primera edición.*

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS Y OTROS CUENTOS: I. *Segunda edición.*
LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS Y OTROS CUENTOS: II. *Segunda edición.*

MORADA DE PAZ (SHANTINIKETAN). LA ESCUELA DE RABINDRANATH TAGORE EN BOLPUR. *Primera edición.*

EN PRENSA

REGALO DE AMANTE (POEMAS).

EN PREPARACION

TRÁNSITO (POEMAS).

MASHI Y OTROS CUENTOS.

EL SENTIDO DE LA VIDA (SADHANA) (ENSAYOS).
PERSONALIDAD (ENSAYOS).
NACIONALISMO (ENSAYOS).
MI FILOSOFÍA (ENSAYOS).

RECUERDOS.

RABINDRANATH TAGORE, POR ERNEST RHYS.
AUTOBIOGRAFÍA DEL MAHARSHI DEVENDRANATH TAGORE, PADRE DE RABINDRANATH TAGORE.
POEMAS DE KABIR, TRADUCIDOS AL INGLÉS POR RABINDRANATH TAGORE.
SEIS RETRATOS DE RABINDRANATH TAGORE, POR W. ROTHENSTEIN, CON UNA INTRODUCCIÓN DE MAX BEERBOHM.

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

MORADA DE PAZ

(SHANTINIKETAN)

La Escuela de Rabindranath Tagore

en Bolpur

POR

W. W. PEARSON

TRADUCCIÓN

DE

Zenobia Camprubí de Jiménez

— PRIMERA EDICIÓN —

MADRID

1919

Zenobia Camprubí de Jiménez tiene la autorización esclusiva de Rabindranath Tagore para traducir sus obras al español y para publicarlas en España y en la América española.

Todas las otras traducciones españolas que circulan, son fraudulentas.

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

COPYRIGHT, 1919,
BY ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

Madrid.—Establecimiento tipográfico de Fortanet, Libertad, 29

MORADA DE PAZ
(SHANTINIKETAN)

POR

W. W. PEARSON

370.759
P31a5c
1917

A
JADAV

CANCIÓN

DE LA ESCUELA DE SHANTINIKETAN

POR RABINDRANATH TAGORE

(TRADUCIDA AL INGLÉS POR EL PROPIO AUTOR)

LA Shantiniketan, la amada de nuestros corazones, es nuestra, y nuestros sueños los mecemos en sus brazos. Su cara, cada vez que la miramos, es nueva maravilla de amor; porque es nuestra la amada de nuestros corazones.

Nos reunimos a la sombra de sus árboles, en la libertad de su cielo abierto; y sus auroras y sus anocheceres nos bajan los besos del cielo, y nos hacen sentir, cada vez, que es nuestra la amada de nuestros corazones.

El susurro del bosque le inquieta su paz sombría, y sus macizos de amlaki se estremecen con la embriaguez de las hojas. Por

lejos que vayamos, vive en nosotros y a nuestro alrededor. Teje nuestros corazones en una canción, y nos hace uno en la música, afinando nuestras cuerdas de amor con sus dedos. Y nunca olvidamos que es nuestra la amada de nuestros corazones.

PRÓLOGO

DE

RABINDRANATH TAGORE

LOS más grandes maestros de la India antigua, de nombres imperecederos, vivieron en el bosque. En la orilla umbría de algún río sagrado o de algún lago del Himalaya, hacían su altar de fuego, apacentaban su ganado y cultivaban el arroz silvestre y las frutas para su alimento. La naturaleza era su hogar y el de sus esposas y sus hijos; y en su seno, meditaban sobre los problemas más hondos del alma, haciendo objeto de su vida la unidad de alma con toda la creación y la comunicación con el Ser Supremo. Sus discípulos se congregaban a su alrededor y así recibían

sus enseñanzas sobre la vida inmortal, en el lugar de la verdad, de la paz y del alma libre.

En épocas posteriores, aunque cambiaron las cosas, y numerosos reinos, grandes y pequeños, florecieron en riqueza y en poder, invadiendo los bosques de ciudades, donde se multiplicaban las lujosas mansiones de los ricos; los más altos ideales de la civilización del país siguieron siempre siendo los de aquellos santuarios de la selva. Las epopeyas y los dramas de todos nuestros grandes poetas clásicos estaban llenos de reverencia por aquel dorado alborear del alma de la India.

Hoy me ha llegado a mí también mi vez de soñar en aquella edad que se levanta por encima de todas las que le siguieron, con la majestad de su sencillez y su sabiduría de la vida pura. Un día de mi juventud, que se pasó, en

gran parte, en la soledad ribereña de los arenales del Padma, desperté a la llamada del alma de mi tierra, y me sentí llevado a dedicar mi vida al fomento del propósito que está escondido en el corazón de su historia. Sentía yo como si me ahogara, por falta de aire, en la horrenda pesadilla de estos tiempos, sin sentido en sus mezquinas ambiciones de pobreza; y era como si, dentro de mí, la madre patria luchase por despertar, espiritualmente emancipada. Nuestros esfuerzos en la ajitación política me parecían irreales del todo y ¡tan lastimosamente inútiles en su absoluta desvalidez! Me parecía una bendición de la Providencia que el mendigueo sea profesión tan poco provechosa, que sólo a aquel que tiene le será dado, y pensé que nos era necesario buscar nuestra herencia propia para comprar con ella nuestro lugar verdadero en el mundo.

Después, tuve una visión de la plenitud de vida interior alcanzada por la India en el solemne apartamiento de sus bosques, cuando el resto del mundo comenzaba apenas a despertar. Comprendí claramente que la India se había abierto y ensanchado, durante muchos siglos, el camino que conduce a una vida más allá de la muerte, mucho más alta que esta idealización del egoísmo político y esta codicia insaciable de acumulación. La voz me llegó en la lengua veda, desde los ashrams (*) del pasado, y me decía: «Venid a mí, como los ríos al mar, como los días y las noches al completarse de su ciclo anual. Demos y enseñemos la verdad enmedio de la luz resplandeciente. No nos peleemos unos con otros. Vayan derechos nuestros pensamientos a su bien supremo».

(*) Santuarios del bosque.

Respondió mi corazón, y decidí hacer cuanto pudiera por volver a la superficie, para nuestro cotidiano uso y diaria purificación, el raudal de los ideales que nacieron en la cumbre de nuestro pasado y corrían ahora subterráneos por lo más hondo del suelo de la India: la sencillez de la vida, la claridad de visión espiritual, la pureza del corazón, la armonía con el universo, la conciencia de la personalidad infinita en toda la creación.

Yo sabía qué agresivamente antagónicas con estos ideales eran las enseñanzas y las tendencias de nuestro tiempo, pero también estaba seguro de la razón que tenían los antiguos maestros de la India, cuando aseguraban, como un hecho positivo, que «es una muerte absoluta irse de la existencia sin haberse compenetrado con la Verdad Eterna de la vida».

Así, pues, rompí con el esclusivismo de mi vida literaria y me puse en contacto con las aspiraciones más profundas de mi patria, que estaban escondidas en su corazón. Me vine a vivir al santuario de Shantiniketan, fundado por mi padre, y poco a poco, se fueron reuniendo alrededor de mí, bajo la sombra de los árboles de sal, muchachos de hogares distantes.

Por esta época fué cuando Satish Chandra Roy, autor del cuentecillo que viene después, atraído por mí y por mis ideas, se dedicó a crear el ashram y a servir a los muchachos el alimento vivo sacado de su vida plena. Tenía apenas diecinueve años, pero había nacido iluminado, y en él, el espíritu de renunciación era producto natural de una capacidad estraordinaria para el goce de la vida. Aunque había luchado con la pobreza todo el tiempo de sus estu-

dios, tiró alegremente sus probabilidades de éxito mundanal, cuando ya las tenía casi en su mano, y ocupó en el ashram el lugar que le pertenecía por derecho propio. Ninguna falta le hubieran hecho mis consejos. Desgraciadamente, murió antes de haber tenido tiempo de cumplir lo que prometía, dejando sólo la memoria de su grandeza en el recuerdo de sus amigos.

No puedo menos de terminar este prólogo con un trozo de mi conferencia sobre Shantiniketan, donde cuento la relación que él tuvo con el ashram:

«Afortunadamente para mí, Satish Chandra Roy, joven estudiante de gran porvenir, que entonces estaba haciendo su bachillerato, se sintió atraído por mi Escuela y se dedicó de lleno a realizar mi ideal. Contaba apenas diecinueve años, pero tenía un alma maravillo-

sa, habitante de una rejión superior, que respondía vivamente a cuanto hay de bello y de grande en la naturaleza y en el entendimiento humano. Era poeta, y de haber vivido, habría, sin duda alguna, ocupado un puesto entre los inmortales de la poesía del mundo; pero murió a los veinte años, habiendo dado sólo durante uno, y breve, su servicio a nuestra Escuela.

Con él, los muchachos no se sintieron nunca sujetos a un determinado aprendizaje, sino que parecían tener entrada en todo. En primavera, cuando los árboles de sal estaban llenos de flor, Satish se iba al bosque con los muchachos, y allí les recitaba, frenético de emoción, sus poemas favoritos. Les leía a Shakespeare y hasta a Browning —por quien él sentía un gran cariño— y se los esplicaba, con el estraordinario don de palabra suyo, en bengalés.

Nunca sintió la menor desconfianza de la capacidad de los muchachos, y les hablaba y leía de cualquier asunto en que estuviese interesado. Sabía bien que no es necesario que los niños entiendan exacta y literalmente las cosas. Su anhelo era despertarles el entendimiento; y siempre tenía éxito. No era, como otros maestros, un mero vehículo de los libros de testo; su enseñanza era personal y él mismo la fuente de ella; y así estaba hecha de la materia de la vida, fácilmente asimilable por la humana naturaleza viva.

La verdadera razón de su triunfo era el hondo interés que tenía por la vida, por las ideas, por cuanto le rodeaba, por todos los niños que llegaban a él. No le venía su inspiración de los libros, sino de la comunicación directa de su mente sensitiva con el mundo. Las estaciones ejercían sobre él el mismo in-

flujo que sobre las plantas, y parecía sentir en su sangre esos mensajes invisibles de la naturaleza, que viajan constantemente por el espacio, y yerran en el aire, y relucen, temblando, en las hojas, y estallan, bajo tierra, por las raíces de la yerba. La literatura que aprendía no olía nada a biblioteca, porque él tenía el don de ver las ideas ante sí, como veía a sus amigos, con toda la precisión de la forma y toda la sutileza de la vida.»

SHANTINIKETAN

POR

W. W. PEARSON

EL autor del cuento que viene después, estuvo tan íntimamente relacionado con Shantiniketan, la Escuela de Rabindranath Tagore en Bolpur, que para comprender mejor el espíritu de dicho cuento —escrito para los niños del ashram y contado, a la luz de la luna, sentados todos bajo los árboles—, nos parece conveniente dar antes, a modo de prólogo, una breve relación de la Escuela. Y como las primeras impresiones de un lugar suelen ser las más justas, comenzaré por mi primera visita a Bolpur, en 1912.

Bolpur dista unas treinta y tres leguas de Calcuta, de modo que la Escuela queda suficientemente libre de las distracciones ciudadanas y, al mismo tiempo, a fácil alcance de las actividades estimulantes de un centro intelectual. Al llegar yo a la estación de Bolpur, se estaba poniendo el sol. Era ese instante que llaman pintorescamente en Bengala, del «polvo de vaca»; cuando las vacas vuelven empujadas de los prados y el sol se pone tras la polvareda de oro que levantan, atravesando torpes los campos secos.

Fuí recibido por uno de los maestros y cuatro muchachos mayores, y éstos sacaron mi equipaje del coche y lo llevaron a la carreta que nos aguardaba fuera de la estación. Como yo acababa de llegar de Inglaterra, y allí había visto a su Guru, me hicieron una acojida muy calurosa, y mientras íbamos,

lentamente, tirados por los bueyes, nuestra conversación fué principalmente de él.

Al acercarnos a la Escuela, que está en un alto, dominando con sus luces todo el campo de los alrededores, algunas observaciones de mis compañeros, tales como «Ese es uno de sus paseos favoritos», o «Bajo esos árboles anda amenudo en noches de luna», me dieron la impresión de que yo era un peregrino que visitaba el santuario de un santo, más bien que un viajero que iba a ver una escuela. Entonces callamos. Nadie volvió a hablar hasta que salimos al balcón de la casa de los huéspedes, donde me dijeron que allí había escrito el poeta muchas de sus canciones.

La estrella de la tarde se había levantado, y la luna nueva derramaba su luz suave en las copas de los

árboles que rodean la Escuela. Dos de los muchachos salieron a la azotea conmigo, y después de cantar una de las canciones del poeta, me dejaron con el maestro que fué a recibirme a la estación, con quien pasé una velada tranquila. Él, que había sido uno de los cinco muchachos lectores de la Escuela, en su fundación, me ayudó a compenetrarme del verdadero espíritu del lugar. Estuvo en América, siguiendo un curso universitario, y luego regresó a Bolpur, para dedicar su vida al servicio de la Escuela a la que tanto debía. Hablamos de los ideales del poeta al fundarla.

Habían cesado apenas las voces de los estudiantes que, después de la cena, se iban a los dormitorios, cuando, en el silencio, se elevó un cántico. Era un grupo de muchachos, quienes, cada anochecer, antes de retirarse a dormir,

cantan una canción del poeta. Se acercaron lentamente a nuestra casa, y luego se fueron, y la música se iba alejando y alejando, hasta apagarse. Descendió el silencio, como las sombras a un monte con estrellas, y comprendí entonces por qué se había puesto a aquel lugar el nombre de Shantiniketan. Sin duda, era aquélla una Casa de Paz.

Por la mañana, antes de salir el sol, el juvenil bando de los cantores llamó al trabajo del día, con otra canción, a los muchachos dormidos. Di un paseo tempranero a una aldea vecina, en la cual algunos de los estudiantes mayores de Shantiniketan dirijen una escuela nocturna para los niños de las tribus indíjenas de Santal, esparcidas por aquellos contornos. Luego asistí a la ceremonia del templo, abierto por todas partes al aire y a la luz. Los muchachos, con sus

chales de colores, estaban sentados unos en los escalones de fuera y otros en el suelo de mármol blanco, y parecían meditar. Tras una oración inicial, en bengalí, todos salmodiaron a una un verso sanscrito, que terminaba así:

Om Shanti, Shanti, Shanti—Om Paz, Paz, Paz—.

No olvidaré esta oración en sanscrito, que oí cantar por vez primera a los muchachos de Bolpur. Quisiera que me fuese posible conservar la frescura de las primeras impresiones, porque el solo sonido de aquella oración sería entonces, para mí, una inspiración sin fin. Pero no puedo ya describir mi estremecimiento al escuchar aquel cántico que ascendía en el fresco aire matutino, llenándolo solemnemente con las notas del anhelo juvenil.

El templo no tiene imajen, ni altar, porque el Maharshi Devendranath Ta-

gore, fundador del ashram, quiso que en Shantiniketan no fuese adorada imajen alguna ni permitido el menor predominio de ningún credo relijioso. «Sólo se adorará allí el invisible Dios único; y se darán las instrucciones necesarias para la reverencia, la alabanza y la contemplación del Creador y Mantenedor del mundo, que sean fuente de buenas costumbres, de vida relijiosa y de hermandad universal».

La ceremonia duró poco y consistió sólo en las oraciones y una plática de uno de los maestros; pero fué muy impresionante y estuvo llena de fervor espiritual. La luz clara del sol entraba a raudales por la celosía de los árboles que rodean el templo, y, fuera, se oía el chucheo de los pajarillos y el arrullo lejano de las tórtolas.

Aquel día conocí a otros maestros y oí cantar a otros muchachos, pues las

canciones del poeta ocupan buena parte de la vida de la Escuela. La influencia de Dinendranath Tagore —un sobrino del poeta, que enseña a los muchachos sus canciones nuevas a medida que él las va componiendo— es inmensa, y su efecto, incalculable. Poder espandir el alma de la canción, comunicarla, es ya un gran don; pero si con ella puede uno comunicar los ideales de un gran maestro espiritual, el don es entonces precioso sobre todo encomio y no hay palabras para nombrarlo.

Al anochecer, como había luna, salimos muchachos y maestros a un bosque que está a una media legua escasa de la Escuela. Nos sentamos en rueda, bajo los árboles, y los muchachos cantaron. Uno de los maestros contó un cuento, y yo cómo había visto en Londres al poeta. Después volvimos paseando por el campo abierto, que yacía en silen-

cioso éstasis, hechizado por el claro de luna indio.

La mañana de mi despedida hubo una ceremonia de adiós, a la antigua usanza hindú cuando un huésped se va de un ashram al mundo. Me colgaron guirnaldas y me ofrecieron un puñado de hojas de rosa, granos de arroz y briznas de yerba, símbolos de la plenitud y la fecundidad de la vida; y mientras, uno de los maestros me bendijo con la bendición que se encuentra en el Sakuntala sanscrito, y que el poeta ha traducido así: «Agradable te sea la senda, con descansos de lagos frescos, verdes de las hojas tendidas del loto, y con árboles umbrosos que temperen el relumbre y el calor del sol; que su polvo te sea grato como polen de flores llevado por la brisa amiga y mansa; que tu senda te sea prometedora».

Me pareció que aquella era mi con-

sagración para el servicio del ashram; y, camino de la estación, iba sintiendo que la tarea de mi vida estaba en tratar de ayudar a la realización de los ideales que el ashram simbolizaba. Comprendía que en aquel ambiente era posible encontrarse uno mismo, que allí podía uno sentir palpitar el corazón de Bengala, país de la poesía y la imajinación.

Desde entonces, he vivido en el ashram, he llegado a conocer a los muchachos y a los maestros como amigos de toda la vida, he sentido, aunque mi espíritu entumecido no pueda tener la inspiración de los muchachos cuando los oigo cantar amaneciendo o al ponerse el sol, que Shantiniketan es verdaderamente una Mansión de Paz.

Ahora que estoy, hace algún tiempo, lejos del ashram, no se me cae del pensamiento; y sé que, vagando bajo aquel ancho cielo estrellado, por el yermo

que se pierde, por todas partes, en el horizonte, de modo que le parece a uno estar de pie sobre el techo del mundo, el hombre encuentra paz para su espíritu inquieto. Las noches en que la luna llena se derrama en diluvio de blanco sosiego sobre el paisaje, puede uno andar leguas por el campo abierto, sin que nada distraiga los ojos. Sólo, aquí y allá, una pulcra aldea Santal, enmedio de sus pobres huertos; y, en el último horizonte, un grupo de esbeltas palmeras, que parecen los índices de alerta de los espíritus guardianes del lugar, levantados contra la vana curiosidad del intruso.

A medida que va uno viviendo en este ashram, y respira el alma de su fundador, siente que la quietud y la paz propias no son sino el reflejo de la serenidad de pensamiento del Maharshi Devendranath, y que es tan caracterís-

tica del poeta, su hijo. Al anochecer y al alba, en el punto de ponerse o de salir el sol, cuando la campana de la Escuela ha llamado a los muchachos a su oración muda, un silencio estrañamente pacífico y hermoso parece rodear el paraje; a la madrugada, sobre todo, mucho antes del asomo de la luz en el oriente, la calma es tan intensa, que hace pensar que el tiempo retiene el aliento, esperando la maravilla diaria de la salida del sol.

Se preguntará: Este ashram ¿no será demasiado remoto y monástico para educar muchachos que, al salir de él, han de luchar en el mundo de hoy? Contestaríamos que tal vez puedan adquirir en él aquello de que el mundo de hoy está más necesitado, ese tesoro de la paz del pensamiento, tan buena para el equilibrio de la vida, que tiene que ir a su meta entre tanta y tanta distracción.

Pero sea cual fuere el resultado práctico de este ensayo de educación, que se esfuerza en unir las mejores tradiciones del viejo sistema hindú con los más sanos principios de los métodos modernos, no puede ponerse en duda que su ideal es muy elevado.

Permitidme hablar más de este ideal y de cómo los muchachos y maestros de la Escuela se esfuerzan en ponerlo en práctica.

Shantiniketan era primitivamente un lugar despoblado enmedio del campo llano, y le daban mala fama los dacoits que por allí merodeaban. En uno de sus viajes, el Marharshi Devendranath llegó hasta él, y quedó tan hondamente cautivado, que puso su tienda bajo los tres únicos árboles que había entonces en el paraje; y de vez en cuando, volvía y pasaba breves temporadas en la meditación y el rezo. Aún pueden verse

estos tres árboles, con el ancho llano que se tiende ante ellos hasta el horizonte de poniente; y en la losa de mármol que marca el sitio de recojimiento del Maharshi, se leen las palabras que tenía en su pensamiento mientras meditaba en Dios:

> Él es el reposo de mi vida,
> la alegría de mi corazón,
> la paz de mi espíritu.

Bajo estos árboles se reúnen, a veces, los muchachos, para conmemorar la vida del Maharshi o las de otros que estuvieron estrechamente unidos con el corazón del ashram. Recuerdo la última reunión a que asistí en el lugar. Amanecía, y los muchachos estaban sentados bajo los árboles, que eran una masa de flor blanca sobre sus cabezas. En un silencio absoluto, esperaban que empezara la ceremonia; y sus chales de colores vivos, que el sol iba hiriendo por entre las ramas en-

redadas, contrastaban bellamente con la blancura de la flor, arriba.

La costumbre de celebrar reuniones al aire libre, es característica de la Escuela. Todas las clases se dan bajo los árboles o en las galerías, menos cuando llueve. En las veladas, los muchachos organizan amenudo actos de entretenimiento, funciones de circo o pequeñas representaciones teatrales, invención de ellos mismos, y a las que convidan a sus maestros. Antes de salir yo para América, los muchachos más pequeños habían descubierto la existencia de un héroe imajinario, llamado Ladam, cuya historia ocupó sus pensamientos durante varios días. Pintaron cuadros de sus hazañas, y pusieron en escena, en honor de los maestros, sus hechos heroicos, algunos de los cuales no tenían nada de ejemplares. Cada árbol y cada loma de los alrededores del dormitorio de los pequeños fueron teatro

de las luchas y victorias de Ladam. A mí me dijeron que un hormiguero era el castillo de Ladam, y que las hormigas eran sus discípulos y secuaces. Ignoro si, desde que lo vi por última vez, Ladam ha terminado su carrera de temerarias aventuras inconsecuentes; pero, mientras vivió, sus amigos y descubridores no se cansaban de contar sus proezas y de describrir, con escrupuloso detalle, su apariencia y carácter. Es probable que aun ronde su fantasma los rincones de los dormitorios y el sendero ajedrezado de sombras de la avenida de los sales.

Este aspecto de la vida de la Escuela, es capital para los ideales con que fué fundada. La educación no consiste en hacer aprender a los muchachos cosas que olvidan en cuanto pasa el peligro de los exámenes, sino en estimular el desarrollo de sus caracteres en la forma que les sea más natural. Mientras más peque-

ños, más orijinales se muestran. Después, cuando la sombra de los exámenes universitarios comienza a oscurecerlos, pierden su natural frescura y orijinalidad y se convierten en candidatos a la matrícula. ¡Qué espontánea gracia, qué alegría de verdadera creación la de estos niños pequeños cuando intentan llevar a la práctica cualquier idea que se les ocurre! Verles dar una función de circo, deleitaría el corazón de cualquier hombre que no estuviera hastiado del todo de la vida.

Este ideal, que permite a los muchachos el desarrollo máximo de su propia naturaleza, se manifiesta también en cualquier otra práctica de la Escuela, por ejemplo, en la constitución, por los muchachos, de tribunales para el castigo de ofensas leves contra las leyes hechas por ellos mismos. La disciplina de la Escuela está mantenida, casi en su totalidad, por estos tribunales; que aunque existen evi-

dentemente casos de justicia abortada, nunca se quejan los muchachos del fallo dictado contra los ofensores. En este punto, como en otros, el gobernarse a sí propios da mejor resultado que el buen gobierno.

Los comités elejidos por los muchachos resuelven todo lo relacionado con los diversos aspectos de la vida de la Escuela, en que los muchachos están interesados vitalmente. En cierta ocasión, se comprometieron a hacer los más humildes servicios, cocinar y fregar, sacar agua del pozo, comprar las provisiones, con los maestros; y aunque la esperiencia sólo resultó práctica por un mes, durante él no se necesitaron criados para el cumplimiento de estos pesados menesteres, y la mayoría de los muchachos trabajaron como buenos, sin queja, aunque era el momento de más calor del año.

Las diferentes secciones de la Escue-

la publican revistas mensuales, la mayor parte en bengalí, con cuentos, poemas y ensayos escritos por los muchachos, y dibujos de aquellos que demuestran mayor habilidad artística. A veces, estas revistas languidecen y dejan de salir en mucho tiempo, pero cuando llega el aniversario de su fundación, se llenan de vida, y los muchachos celebran una gran fiesta, para la cual se apoderan de un dormitorio y lo cuelgan de ramas verdes; y si la fiesta coincide con la época del loto, la sala es un jardín de capullos y flores. Se elije un vocal, de entre los maestros, para la velada, y se le sienta en un lugar de honor, con cordones de flores pendiendo, como la espada de Damocles, sobre su cabeza, de modo que parece una reina de mayo, y guirnaldas alrededor de su cuello, lo mismo que un cordero dispuesto para el sacrificio. Los comités que dirijen las diversas revistas

rivalizan en la belleza del decorado y en la disposición de las guirnaldas, más que en la calidad de su colaboración. En ocasiones, si el aniversario ocurre en el verano, se sirve un lijero refrijerio, jeneralmente un sorbete, al fin de la tertulia.

La fiesta consiste en un informe sobre la marcha anual de cada revista, que hace su director; en la lectura de poemas, cuentos y ensayos de los colaboradores; y, en algunas ocasiones, en la exhibición de dibujos hechos en calidad de ilustraciones. Luego, el vocal, o el poeta en persona, si está presente, hace la crítica de los trabajos y aconseja la manera en que pueden mejorarse. Otras veces, hay un concurso para el mejor dibujo o cuento, y así se estimula a los muchachos a pensar y a escribir; y uno o dos de los ilustradores de estas revistas manuscritas se han revelado como artistas de verdadero temperamento.

Con frecuencia se hacen escursiones, bien de un día y para toda la Escuela, o por varios, a lugares de interés histórico, para algunos muchachos escojidos, que son acompañados por dos o tres maestros. En el primer caso, se va a algún lugar cercano del ashram, y se lleva la comida, que se cocina junto a un río o bajo los árboles de algún bosque; se pasa todo el día al aire libre y la parte principal del programa consiste en cantar y en jugar, completándose con cuentos contados por los maestros. Las noches de luna, muchos de los estudiantes salen a dar largos paseos con los maestros, y así el lazo entre unos y otros se hace más profundo y más fuerte. Los maestros viven con los muchachos en sus mismos pabellones y pueden, por lo tanto, ayudarlos en sus trabajos y compartir su vida cotidiana.

El deporte más popular de la Escuela

es el futbol. Como hay terreno sobrado alrededor de los edificios, los campos son varios, de modo que los muchachos pueden jugar por grupos de distinta edad. El paseo es menos popular, escepto en la época de las lluvias, cuando las tempestades de agua inundan repentinamente los campos. Entonces la diversión de los muchachos está en salir bajo los terribles aguaceros y en calarse hasta los huesos. Cuando se vienen encima estas grandes tormentas, las clases se suspenden; y no es posible contar el regocijo de los muchachos ante el cielo oscuro y amenazador que les proporciona ocasión de darse una buena ducha fresca.

Voy a dar algunos datos, que pueden ser de interés para los que deseen conocer el aspecto más práctico de la organización de la Escuela.

Actualmente hay en el ashram unos 150 muchachos, la mayor parte de Ben-

gala, y el resto, de otras partes de la India. Los maestros son unos 20 y algunos de ellos viven en la Escuela, con sus familias. La edad de los muchachos oscila entre los seis y los dieciocho años. Los menores están al cargo de maestros especiales y con frecuencia comen en la casa de los que están casados, la esposa de uno de los cuales tiene siempre diez muchachos a su mesa, que se renuevan cada semana.

Son de todas las castas, y al ser admitidos, se les advierte que están en libertad de observar o no las distinciones. El servicio de la mesa lo hacen todos, por turno, y eso es un alivio para la servidumbre de la cocina.

Los honorarios son los mismos para todos, aunque en ciertos casos se admite gratuitamente a algunos estudiantes pobres. Paga cada uno 30 chelines mensuales por enseñanza, manutención y vi-

vienda, de modo que el gasto anual para los padres no llega a 20 libras. Este ingreso no cubre el gasto total de la Escuela, y todos los años hay un gran déficit, que, hasta ahora, ha sido sufragado por el fundador.

La Escuela no puede sostenerse por sí misma, entre otras razones, porque tiene un gran número de maestros, a fin de que las clases sean poco numerosas y de que en ellas pueda prestarse una atención individual.

A los ojos occidentales, el aspecto esterior del ashram da una impresión de pobreza. Así es el ideal seguido siempre en la India, dondequiera que la educación verdadera sea un propósito y un fin. El equipo caro y apropiado, característico de las instituciones de enseñanza de occidente, no ha sido nunca aceptado por la India, donde la sencillez de la vida se tiene como uno de los elementos

más importantes de la verdadera educación.

La más completa modestia reina en todos los pabellones donde los muchachos hacen su vida diaria. Los dormitorios no son sino casitas con techos de paja, y, aunque se piensa cambiar ésta por otro material menos inflamable, en cuanto se pueda disponer de algún dinero —porque la posibilidad de un incendio que lo destruyera todo, es una inquietud continua—, la intención es de conservarlos tan sencillos como ahora.

Esperamos poder levantar un nuevo edificio para hospital, porque no hay en la actualidad local apropiado para los colejiales enfermos, ni para aislarlos en los casos infecciosos. Este hospital, cuando estuviera en condiciones, serviría también para los pobres de las aldeas vecinas.

La Escuela ha recibido, como regalo, varias interesantes y curiosas coleccio-

nes, de diferentes partes del mundo, y, en cuanto sea posible, pensamos ampliar con un museo la actual biblioteca.

El reglamento diario de la Escuela es el siguiente: Se despierta a los muchachos antes de salir el sol, con una de las canciones del poeta, que canta un grupo de ellos. Al momento van a su baño matutino, para el cual se utilizan los pozos que hay por los alrededores. Luego tienen quince minutos de retiro, para la oración silenciosa, que hacen sentados bajo los árboles, o en el campo abierto del alba; y terminada la oración, se reúnen y cantan los versos sanscritos que escojió el Maharshi Devendranath Tagore de los Upanixads. Toman luego un piscolábis, y a las siete comienzan las clases, las cuales, como no hay salas para ello, se dan al aire libre o en las galerías de los pabellones. Se almuerza a las once y media, y en las horas de calor, los mu-

chachos se están en sus cuartos y estudian sus lecciones, ayudados por los maestros, que los acompañan por si son necesarios. Las clases se reanudan a las dos de la tarde y siguen hasta las cuatro y media o las cinco. Con la fresca, unos juegan a futbol y otros salen de paseo. Al ponerse el sol, vuelven a tener un cuarto de hora de silencio y canto de los versos vespertinos; y algunos de los muchachos van a la escuela nocturna fundada para los criados de Shantiniketan y para la jente del campo vecino. Antes de la cena, se dedica una hora a cualquier entretenimiento, como, por ejemplo, contar cuentos, que los cuentan los maestros, dar conferencias con proyecciones, o bien, algo pensado por los propios muchachos. A las nueve suena la campana del retiro, y la mayoría de los muchachos están ya dormidos a las nueve y media, menos en las noches de luna,

en las cuales muchos de los mayores se van de paseo por los bosques vecinos, donde se sientan a cantar, hasta muy tarde.

La Escuela no tiene director; está bajo un comité ejecutivo, elejido por los maestros, uno de los cuales se escoje cada año como presidente, y lleva la parte administrativa. Para cada asignatura hay un maestro director. Los libros y métodos de enseñanza son discutidos por todos los maestros de una asignatura, pero el director de ella está en libertad de resolver por su cuenta lo que mejor le parezca.

Cuando el poeta está en Shantiniketan, preside las reuniones del comité ejecutivo, y esplica algunas clases; pero donde se siente más su influencia es en las lecturas familiares de sus propias obras, que da en las veladas, durante la hora de recreo. Además, dirije a los muchachos cuando representan obras de él y cuando cantan sus canciones.

A los muchachos se les permite, con toda confianza, ocuparse de sus propios asuntos. Tienen sus comités para cada sección del ashram, y reuniones jenerales cuando hay que discutir asuntos que afectan a toda la Escuela. En los exámenes, se les deja solos, y se confía en su palabra. Durante ellos, se les ve, escribiendo sus respuestas, en toda suerte de lugares y posturas, hasta en sitios tan dificultosos como la cruz de algún alto árbol. Aunque, de vez en cuando, se aprovechan de esta confianza que se les da, en la mayoría de los casos la confianza enjendra la confianza, y es indudable que ello favorece mucho la relación entre maestros y discípulos.

Los estudiantes antiguos del ashram conservan de varias maneras su relación con la Escuela, y son llamados por los que están en ella «Dada», que quiere decir «Hermano mayor». En la fiesta anual,

que se celebra para diciembre, con motivo del aniversario de la fundación del ashram, muchos antiguos alumnos vienen a ver la representación de las obras del poeta, y el campeonato de futbol, entre los estudiantes antiguos y los actuales, despierta el más vivo interés. La Escuela no se queda atrás en los ejercicios atléticos, como puede verse por su mención en los juegos intraescolares del distrito, en los cuales los muchachos de Shantiniketan se han llevado, durante varios años seguidos, los primeros premios; y su historial de futbol es también enorgullecedor. De modo que en la educación de los muchachos no se atiende menos a la cultura física qne a la intelectual.

Como he dicho, las clases se dan al aire libre cuando es posible, y no son necesarios complicados muebles ni aulas. Cada muchacho se trae a ellas su esterilla para sentarse y el maestro se sienta

bajo un árbol o en la galería de un dormitorio. Este trabajo al aire libre tiene inmensas ventajas, porque mantiene frescos los entendimientos para su apreciación de la Naturaleza. Recuerdo que, dando yo una clase, me interrumpió, de pronto, un muchacho, llamándome la atención sobre un pajarillo que cantaba en las ramas que había sobre mí. Dejamos la esplicación y escuchamos hasta que el pájaro terminó. Era la primavera. El muchacho que me había interrumpido, me dijo: «No sé qué siento; no puedo decir lo que siento cuando oigo cantar a ese pájaro». Yo tampoco pude decírselo. Lo que sí puedo asegurar es que mis alumnos aprendieron más de aquel pájaro que con todas mis enseñanzas, y algo que no olvidarían ya en la vida. En cuanto a mí, se me abrieron los oidos y, durante varios días, sentí cantar a los pájaros, como nunca los había sen-

tido. Los muchachos tienen gran afición a las flores, y a veces se levantan mucho antes de salir el sol, para ser los primeros en cojer alguna nueva flor de dulce perfume; y las tejen en guirnaldas para los maestros o para el poeta.

Con frecuencia, en las clases del fin del día, piden permiso para ir a alguna aldea de los alrededores, o al río, y la clase se va dando por el camino. En tales ocasiones, los muchachos se sienten inmensamente felices, y caminamos sin sin otra inquietud que la de volver a tiempo para la cena.

Para los niños menores, el estudio de la Naturaleza es parte del trabajo. Durante un curso entero, una clase estuvo ocupadísima reuniendo todas las variedades de hojas y yerbas de las cercanías. Muchas veces hallaban algún ejemplar inesperado para sus colecciones botánicas, clavándose una espina en los pies, pues

todos andan descalzos; pero esta esperiencia sólo molesta algo a los nuevos, porque los otros tienen ya los pies endurecidos de la grava y los abrojos que abundan por los alrededores. En noches claras, algunos de los maestros suelen dar una lección sencilla de astronomía, y hacen ver a los muchachos, con un pequeño telescopio, la luna y las estrellas. Cuando se consiguen placas para la linterna, se dan, en las veladas, conferencias ilustradas, bien al aire libre o en los dormitorios; y siempre hay uno o dos de los muchachos más prácticos, ansiosos de encargarse de la linterna y de la sábana.

Se enseña en bengalí, y el inglés se tiene como un segundo idioma. En las clases primeras, se usa, para la enseñanza del inglés, el método directo; y cuando los niños empiezan a comprender, se les cuentan cuentos de hadas o de aventuras, en un inglés facil. Interesados en

un cuento, es sorprendente la facilidad con que pueden seguirlo. Yo mismo he podido ver qué fascinación ejercen en los muchachos bengaleses de trece o catorce años, cuentos como «La Princesa y Curdie» y «La Princesa y los Duendes», de George Macdonald, y el afán con que esperan la continuación, aunque se les cuentan en un idioma estraño.

Una de las cosas que más llaman la atención de los que visitan la Escuela, es la espresión de felicidad de las caras de los muchachos. Indudablemente, no existe en ella en absoluto ese sentimiento de antipatía por la vida escolar, tan corriente en las instituciones donde no se persigue otro fin que aprobar en los exámenes. Aquí no los hay en las clases primeras; sólo, una vez al año, el mismo maestro que enseña a los niños, pone a prueba su progreso.

A fines de curso, se hacen los prepa-

rativos para representar una obra del poeta. Son actores los muchachos y los maestros, y la función se da en Shantiniketan, permitiéndose venir de Calcuta a los que desean verla, que siempre vienen, especialmente si el poeta toma parte; el cual prepara a los actores, leyéndoles primero la obra en alta voz, y releyéndola después con cada uno de los que han de tomar parte en ella. Los días en que la obra se está ensayando, se dan pocas clases, porque todos los estudiantes asisten a los ensayos; y los más pequeños se ven asomados por las ventanas, demostrando la más viva satisfacción por las escenas cómicas. El último día es de gran jaleo, porque hay que preparar el escenario y celebrar el ensayo jeneral, al cual no se permite asistir a los muchachos, pues si vieran de antemano una representación casi tan completa como la definitiva, se les quitaría la

impresión de frescura de la obra. En la representación, a medida que las canciones y las danzas van revelando al entusiasmado auditorio el espíritu de la obra, la alegría es grande entre los muchachos y las visitas.

De este modo, las ideas del poeta van siendo asimiladas por los niños, sin que tengan que hacer ningún esfuerzo consciente. De hecho, se les educa así, adentrándolos en el pensamiento del poeta mediante el conocer subconciente, raíz de las más fundamentales del método educativo de Rabindranath Tagore.

Se dan también, de vez en cuando, obras inglesas y sanscritas, y es maravilloso ver el don histriónico del muchacho bengalí en estas obras estranjeras. Si la obra está en bengalés, como se mueven en su elemento, demuestran tal aptitud de actores, que los más pequeños organizan amenudo representaciones por

cuenta propia, sin ayuda de los maestros. A comienzos del año 1916, se representó en Calcuta la nueva obra del poeta «Festival de Primavera», y algunos de los niños menores, de entre ocho y diez años, tomaron parte en el coro. No tenían otra cosa que hacer sino cantar las canciones y bailar las danzas, de modo que venían a ser espectadores en el escenario. De vuelta a Shantiniketan, los muchachos nos sorprendieron, una velada, con una representación de la obra entera, encargándose cada uno de los que cantaron y bailaron, de un papel, con tan perfecta mímica, imitada de los actores de Calcuta, con una réplica tan exacta de cada matiz cómico o serio, por parte de los minúsculos actores, que la representación fué de una gracia indescriptible.

No sería completa la cuenta de la Escuela, sin hacer referencia a una de las

más señaladas características de los muchachos bengalíes en relación con los muchachos ingleses. En los terrenos de la Escuela, hay un pequeño hospital, donde se lleva a los muchachos enfermos y donde se asiste también a pobres de las aldeas vecinas. Al frente de él está un médico, pero el cuidado de los enfermos corre casi del todo a cargo de los muchachos mismos, quienes, si algún compañero de la Escuela está grave, reparten la noche en turnos de dos horas y lo velan durante toda ella. Parecen tener instinto de enfermeros, que da escelentes resultados, aunque no hayan recibido instrucción especial. Y no solo asisten así a los compañeros, sino que, cuando hay necesidad de ayudar a algún pobre del contorno, van a la aldea y, si es preciso, se traen al paciente en una camilla al hospital de la Escuela, para que allí reciba tratamiento adecuado.

Buen ejemplo de este admirable espíritu de los muchachos, es la historia de Jadav, uno de los niños menores de la Escuela. Tenía unos once años y era un alumno brillante y de mucho porvenir. Cayó malo en el ashram y murió entre nosotros.

No olvido el vivo interés que sentía por el estudio de la Naturaleza, cómo venía a mi clase, corriendo jadeante, con sus últimos hallazgos de hojas para la colección que hacían los muchachos menores. En su vehemencia por mostrarme los tesoros que había encontrado, sus palabras se atropellaban, preguntándome si algún otro niño había cojido tantas hojas distintas. Todos sus maestros veían en él igual ansioso interés que yo en su trabajo, y en las reuniones de los pequeños, contaba a veces cuentos en inglés, un inglés maravilloso para un estudiante tan chico.

Cuando se puso malo, nadie creyó que

se trataba de nada serio; pero, pasada una semana, empeoró mucho y decidimos llevarlo a Calcuta, pues las condiciones de nuestro hospitalillo no eran del todo satisfactorias para un caso como el suyo. Muchos de los mayores habían estado turnando en la vela del enfermito, y la mañana en que se decidió trasladarlo, ocho o diez de ellos cargaron con la camilla y emprendieron la marcha por la carretera, camino de la estación. En cuanto Jadav se dió cuenta de que se lo llevaban a Calcuta, empezó a revolverse, y no era posible tenerlo tendido, quieto y tranquilo como exijía su debilidad. Luchaba y gritaba: «¡Yo no quiero irme del ashram! ¡Volvedme otra vez! ¡No me quiero ir! ¡Quiero quedarme en el ashram! ¿Por qué me sacáis de aquí?» El médico se alarmó y dijo que no era conveniente llevárselo de aquel modo, conque los muchachos volvieron con él al ashram. En

cuanto comprendió que volvía, el pobrecito se quedó otra vez tan quieto, lleno de felicidad.

Se agravó más, sin embargo, y a pesar de que se trajo de Calcuta el mejor médico, comprendimos pronto que nos habíamos de quedar sin su alegre compañía. Los muchachos turnaron día tras día, cuidándolo según las instrucciones del médico, y se pasaban las noches bañando su cuerpo ardiente con agua fresca. Yo estaba sentado con él, poco antes de morirse, y me dijo en bengalí, con voz debil y patética: «No se abrirá la flor.» Le contesté bajo: «No tengas miedo, que la flor se abrirá.»

El cadáver se quemó al amanecer, enmedio del campo cercano. Mientras subían las llamas lentamente, yo pensaba que, al menos para nosotros, su breve vida había florecido, dejando tras sí una fragancia que nunca se perdería.

Otra cosa que llama la atención en el muchacho bengalí, es su natural cariño por los niños. Si a un muchacho inglés del tipo corriente, se le pide que se encargue de su hermano menor, se sentirá completamente fastidiado; y si se le dijera, por ejemplo, que llevase en brazos a su hermanita al certamen de premios de la Escuela, querría que la tierra se lo tragara, de vergüenza. En Bengala, dondequiera que uno vaya, llama la atención ver qué delirio tienen los muchachos por los niños y cómo no se cansan de cuidarlos y de jugar con ellos. He visto, en Shantiniketan, muchachos que se estaban horas enteras paseando en un cochecillo a un niño pequeñito, por el solo gusto de entretenerlo. No se trata de una afectación, ni es esta una particularidad de los muchachos de nuestra Escuela. Ninguna cosa da más gusto a los muchachos de las clases primeras de Shan-

tiniketan que el que se les permita traer a ellas al nieto del poeta, niñito de cuatro años, que se queda sentado muy quieto y solemne durante todo el tiempo que dura la clase, distrayéndose solo si algo le llama la atención cerca del árbol bajo el cual están dándola. Y muchas veces he visto a uno de los mayores llevando de la mano, camino del campo de futbol, al hijito de uno de los maestros, criatura de tres años, que le va charlando a su compañero grande, de todo.

Tienen también los muchachos de Bengala una característica receptibilidad para lo espiritual, que hace posible confiar en el ambiente del ashram para el desarrollo de la vida del alma. No es, por ejemplo, aburrida para ellos, en lo más mínimo, la costumbre de sentarse, callados y quietos, en las horas matutinas y vespertinas de la oración silenciosa. De esto resulta que aun los muchachos más

pequeños de nuestra Escuela, encuentran jeneralmente mayor facilidad en seguir las pláticas del poeta, que los estudiantes graduados de Calcuta, que no han tenido ocasión de vivir en un centro como éste. Son lo mismo que instrumentos sensitivos, y responden a la menor influencia; y por esta razón, la dureza y la falta de consideración en el trato con estudiantes bengaleses tiene con frecuencia resultados de una desproporción aparente con la causa real. Esto ha sido notado, hace poco, con motivo de la actitud nada cordial de muchos profesores de Government College y otros, hacia los estudiantes de Calcuta. Pero esta sensibilidad estrema, responde más aún a la simpatía y a la bondad. En cualquier obra educativa, la simpatía es sumamente necesaria para el éxito del maestro; pero en Bengala, esto es más evidente que en ningún otro país del mundo.

Antes de terminar, quiero referirme al ambiente relijioso del lugar; y digo ambiente, porque no existe aquí ninguna enseñanza dogmática definida, y el ideal ha sido siempre dejar al instinto de cada muchacho el desarrollo de su espíritu. En este punto, se confía mucho en la influencia personal de los maestros y en el influjo, callado, pero constante, del íntimo contacto con la Naturaleza, que en la India es la maestra más maravillosa de la verdad espiritual.

Shantiniketan fué fundada por el padre del poeta, el Maharshi Devendranath Tagore, para ashram o retiro relijioso, donde los que quisieran descansar, pudieran tener sosiego y meditación; y cuando Rabindranath la escojió como lugar para su Escuela, él sabía bien que el ambiente era allí perfecto para el desarrollo de sus ideales. El hijo mayor del Maharshi, Dwijendranath Tagore, ha es-

cojido también este lugar para retiro de los últimos días de su vida, y en él vive actualmente, con sus setenta y cinco años, pasando sus días en tranquila contemplación y escribiendo sobre asuntos relijiosos y filosóficos. El día primero del año y en algunas otras ocasiones especiales, todos los muchachos y maestros tributan reverencia a este santo, que ya lleva unos veinte años sin salir de Shantiniketan y es parte tan vital del ashram como los muchachos mismos. Se tiene como un privilejio codiciado el poder ir en la velada a su casa y sentarse con él, mientras anochece, a hablar de las cosas más profundas del alma.

He hecho referencia, antes, a los momentos de apartamiento que tienen los muchachos al amanecer y al ponerse el sol, para meditar. Cada uno, cuando suena la campana de la adoración, se va con su esterilla al campo libre o bajo un ár-

bol, y se está quince minutos sentado en contemplación muda, o tal vez mejor, en silencio, puesto que el asunto de sus pensamientos se deja completamente a gusto de ellos. No se les da consejo alguno en cuanto al método contemplativo, y su punto de consideración se deja a la influencia de la idea del silencio y a los testos sanscritos que repiten todos juntos al acabar el rato de su oración silenciosa. Basta con que se habitúen a esta muda oración cotidiana.

Además de este silencio del amanecer y de la tarde, se celebra, una o dos veces por semana, una ceremonia en el templo, en la cual el poeta mismo, cuando está en Shantiniketan, habla a los muchachos. Si no está allí, habla un maestro. Y luego, los muchachos cantan juntos algunos mantras sanscritos. El tema de las pláticas varía y muchas de ellas se han publicado en una serie titulada «Shanti-

niketan», costeada por la dirección de la Escuela. Como ejemplo, voy a daros unas notas que tomé de una plática del poeta, una última noche de año. La ceremonia fué después de puesto el sol y, en la sombra, apenas se distinguía al orador, vagamente perfilado contra un fondo de figuras blancas, sentadas en el suelo, alrededor de él.

Comenzó diciendo que, cuando un año termina, solemos pensar únicamente en lo triste de ese finalizar; pero si pudiéramos darnos cuenta siempre de que en su morir no hay vacío sino plenitud; entonces la misma idea del término se nos aparecería llena de goce. En este mismo proceso del terminar, tenemos ocasión, una vez más, de arrojar de nosotros los tapujos y envolturas de la costumbre y la rutina, y de emerjer así a un concepto más pleno y amplio de la vida. El mismo caer de ésta en la muerte, tie-

ne en sí ese elemento de plenitud, si se mira desde el punto de vista debido, pues la muerte, en realidad, nos revela la vida, y jamás la oscurece ni la esconde más que en aquello en que nosotros mismos somos voluntariamente ciegos. Por lo tanto, el romper con los hábitos y maneras en que hemos estado envueltos sólo para asfixiar la vida verdadera, es motivo de gozo, no de pena. En Europa, esta guerra que está robando en tantos hogares, con la muerte, es verdaderamente un arrancar, en grande, las ataduras de los hábitos muertos del espíritu, que han ido acumulándose, año tras año, para ahogar nuestra verdad natural; y las corrientes de vida que se habían estancado y se podrían, quedarán libres otra vez, para correr por cauces nuevos. Cuando la muerte se lleva a los que amamos, parece que vemos el mundo en su totalidad, pero sin la acostumbrada tropelía de las

cosas que nos ocultan la realidad de debajo de la escena. En presencia de la muerte, el mundo es como la oscuridad, que está tan llena, que uno siente que puede traspasarla con una aguja, aun cuando nada parece que hay en ella. Así, el mensaje de este fin de año, es la alegría del cambiar y de su aceptación como medio de conseguir una visión más amplia y un afianzamiento mayor en la vida.

La conferencia estuvo llena de ejemplos luminosos, como lo están siempre las del poeta. Yo no he dado sino un esquema sucinto de ésta, a fin de que tengáis alguna idea de la clase de asuntos que se tratan. Algunas parecen ser demasiado elevadas para los muchachos, pero esto no importa mucho, porque ellos, aunque no entiendan del todo, están asimilándose inconcientemente el punto de vista del orador.

Y para acabar, no puedo hacer cosa

mejor que trascribir entera una carta del poeta a un maestro inglés, que le había escrito sobre los métodos de enseñanza adoptados en Shantiniketan. Es así:

«Mi principal objeto al fundar mi Escuela de Bolpur, fué la educación espiritual de los muchachos. Afortunadamente, en la India tenemos un modelo tradicional en nuestras antiguas escuelas del bosque, en las cuales vivieron los maestros cuyo ideal fué realizar sus vidas en Dios. El ambiente estaba colmado de la aspiración por lo infinito, y los estudiantes crecían junto a los maestros, íntimamente unidos a ellos con parentesco espiritual, sintiendo la realidad de Dios; pues esto no era un mero credo que se les impusiera, ni ninguna abstracción especulativa.

»Con este ideal, en mi pensamiento, de una escuela que fuese a un tiempo hogar y santuario, donde la enseñanza

fuera parte de una vida de fervor, elejí este lugar, apartado de las distracciones ciudadanas y santificado por el recuerdo de una vida piadosa, cuyos días se pasaron en él, en comunión con Dios.

»No se figure usted que he realizado cumplidamente mi ideal, pero él está allí, madurándose a través de todos los obstáculos de esta dura prosa del vivir moderno.

»En los negocios espirituales, debiera uno olvidarse de que tiene que enseñar a otros, o conseguir resultados que pueden ser medidos; y en esta Escuela mía yo creo bueno medir nuestro éxito por el desarrollo espiritual de los maestros. En estas cosas, lo que uno gana, es ganancia de todos, como el encender una lámpara es luz de toda una habitación.

»La primera ayuda que reciben nuestros estudiantes, en este camino, es el cultivo del amor por la Naturaleza y de

la simpatía por todos los seres vivos. La música es para ellos una inmensa ventaja, ya que las canciones no son del tipo corriente de himno, didáctico y seco, sino que están todo lo llenas de alegría lírica, que le fué posible conseguir a su autor. Comprenderá usted bien lo que estas canciones impresionan a los niños, cuando sepa que ellos las quieren cantar en sus ratos de ocio, como la diversión mayor, al anochecer, cuando ha salido la luna, o en los días lluviosos, cuando no hay clase.

Por las mañanas y los anocheceres, se les dan quince minutos para sentarse en el campo abierto, preparándose a la adoración. Nunca los vijilamos, ni les hacemos preguntas de lo que piensan en estos instantes; esto lo dejamos enteramente a ellos, al espíritu del lugar y de la hora, y a la sujestión de la misma costumbre. Para su enseñanza, más que con

el esfuerzo conciente, contamos con las asociaciones de lugar y con la vida diaria de adoración; con la influencia subconciente de la Naturaleza.»

Esta carta resume mejor que pudiera yo hacerlo, los ideales de Shantiniketan, y espresa bien el espíritu con que el ashram fué fundado.

EL REGALO AL GURU

CUENTO

POR

SATISH CHANDRA ROY

(TRADUCIDO AL INGLÉS POR W. W. PEARSON.)

PRÓLOGO

VOY a contaros, esta noche, el cuento de un niño que vivió hace mucho tiempo.

Olvidaos, por un rato, de esta lámpara que hemos encendido aquí dentro, y pensad en los raudales de luna que se derramarán en los campos que nos rodean. Por un lado del llano, está el bosque, negro y confuso como un enorme pitón que se hubiera levantado de algún abismo de la tierra y durmiera, tendido a la luz de la luna, meneándose en el viento. Esta noche, que estamos todos juntos sentados aquí, voy a hablaros de la noche. Si fuera de día, quizás os hubiese hablado del día. Pero no, tengo otra ra-

zón para hablaros de la noche, y es que la noche es mejor hora para contar cuentos. Con la noche, todo se hace vago, y las cosas distantes se acercan. Si fuera de día, ¿os hubiese sido tan fácil pensar que estabais viendo las estrellas, las cuales, cuando la sombra de la noche acaricia el cielo, se abren como flores y lo llenan todo con su infinidad?

Hasta ahora os he estado describiendo la noche, para sacaros, en pensamiento, a la oscuridad de fuera, donde se ve el cielo adornado de luna y estrellas. Ahora tenéis que acompañarme con la imajinación adonde yo vaya.

¿Adónde nos iremos? Vámonos a un bosque sagrado de la India antigua. Si fuera de día, ¿cómo podríais haber descubierto nunca este sagrado bosque de hace tantos siglos? Si fuera de día, ¿qué habríamos visto de la India moderna? Habríamos visto ciudades, ferrocarriles y fá-

bricas; habríamos visto bosques llenos de fieras, ríos sin agua, duras montañas de rocas, resecos desiertos estériles y otras muchas cosas; porque el sagrado bosque de que os estoy hablando, no existe ya.

Pero ahora es de noche, y cae la luz de la luna, y baja el silencio del sueño; ahora el pensamiento puede echar alas y volar, en ilusión, adonde se le antoje. Venid, pues; olvidémoslo todo; vámonos todos juntos a ver el ashram (*) de los rixis (**), en ese bosque de la India antigua. Vosotros sois bramacharis (***) y podéis, por un rato, venir conmigo y cambiar pensamientos con los bramacharis de entonces.

(*) Escuela del bosque, en lugar apartado, donde viven los maestros con sus familias y los estudiantes.

(**) Santos.

(***) Estudiantes sujetos a una vida de disciplina, en un ambiente relijioso.

CAPÍTULO I

Antiguamente, los muchachos iban a estudiar a un ashram de bramacharis. Como os he dicho, estas escuelas estaban en los bosques sagrados. Los rixis pensaban que, aunque es preciso que algunos grupos de hombres levanten ciudades en lugares donde existe mucho negocio y movimiento, hay, además, otras necesidades que la vida humana está llamada a cumplir.

Si se vive sólo en la tarea y el bullicio del mundo, no queda tiempo para poder llegar a comprender, ni siquiera a ver como es debido, todos sus aspectos. El entendimiento no tendría paz, y cuando el entendimiento no está tranquilo, es imposible apreciar el verdadero sentido de las cosas, ni estimarlas en su belleza verdadera.

Además, había otra ventaja en vivir

en un bosque, y era que el hombre sentía una especie de libertad y podía darse cuenta exacta de su propio valer. Como cada uno tenía que trabajar para sí, no se hacía nadie esas ideas falsas, de si éste era pobre y, por lo tanto, insignificante, y el de más allá, rico, y grande por eso.

Aquellos santos del bosque eran los verdaderamente capacitados para mantener altos los ideales de la India, que hacían de la paz y la tranquilidad las bendiciones más grandes de la existencia. En la soledad de estos bosques, y enmedio de la belleza de estas florestas, lo que ellos enseñaban tenía un efecto penetrante y hondo; y, por esta razón, los estudiantes de aquellos días veían el mundo como una gloria tan maravillosa.

El cuento que os voy ahora a contar, os dirá qué gran fuerza adquiría un niño, en un lugar solitario como el que he descrito. Y ahora empiezo mi cuento.

CAPÍTULO II

Un día, acabando de despuntar la aurora en el bosque sagrado, Ved, el rixi del ashram, que había concluído su oración matutina y adorado el fuego sagrado, reunió a sus discípulos, fresquitos de su baño de la mañana, y se sentó con ellos al pie de un árbol de amloki.

Ya se han levantado los venados de su sueño en el patio, y entran corriendo por la selva. Uno de los niños ha llevado la vaca a un prado rico de tierna yerba nueva. Ahora, sentado bajo un árbol, los rayos suaves del sol que caen a través de la red verde y fresca de las hojas y las ramas, le iluminan la cara, y él le canta al sol, con dulce voz baja, una canción. Un bando de niños anda por el bosque, llenando sus cestos de flores.

Cerca, la esposa del Guru (*), que viene del río, echa una poquita de agua, con la cántara que trae, en las raíces de los árboles, y sonríe enternecida a los niños.

Así, mientras la fresca calma de la hora primera reposa en el lugar, Ved comienza a esplicar a los muchachos, con voz llena de alegría, los sagrados misterios de Dios. Ellos, viendo el rostro radiante de su Guru, lo escuchan sin pestañear. Cuando terminaba la lección matutina, llegaron dos o tres ciervos y se empezaron a acurrucar, con cálido aliento y blandos morros, contra los cuerpos de los muchachos. Sin embargo, unos cuantos de los estudiantes siguieron sentados, en mudo éstasis.

Entonces, uno de los mayores, que se llamaba Utonka, vino, y después de in-

(*) Señor y maestro.

clinarse hasta los pies de su Guru, le dijo, juntando las manos:

«Hoy acaba mi tiempo de disciplina. Tu amor me ha llenado de fortaleza. Mi cuerpo se ha hecho firme, y mi entendimiento despierto y feliz. He visto la gloria del sol y de la luna, y he sentido un poderío en el resplandor del fuego. He gustado el goce de las seis estaciones del año. La paz y el sosiego de las florestas han morado en mí y el espíritu vivo y fresco de los pájaros y todas las bestias, de las enredaderas y los árboles, han entrado en mi corazón. He comprendido que el alimento que comemos y la madera de los árboles que quemamos para nuestra hoguera, deben mirarse como sagrados, porque nos hacen bien. El aire, el agua, el cielo y la luz también son santos, y todos llenos de la dulzura y la bondad divinas.

»Gurudev, he aprendido a entender

todo esto, y tengo ya que salir al mundo grande, donde hay cientos y cientos de hombres como yo, entre los cuales está ahora mi deber, porque el hombre no puede vivir sin amor humano. Con tu ayuda, Gurudev, me he hecho un bramachari. Mi cuerpo es fuerte y no temo a los peligros; y cuando salga al mundo, podré cumplir, por tu bendición, mi destino. Guru mío, bendíceme, y dime qué ofrenda he de traerte; y cuando la haya traído, me despediré.»

Mientras hablaba Utonka, todos los muchachos lo miraban con tristeza, y oyendo que se iba, se les llenaban los ojos de lágrimas. El Gurudev estaba lloroso también, pero dijo con labios sonrientes: «Hijo mío, el corazón de un guru está siempre con sus discípulos. Las nubes recojen sus bendiciones y las derraman como lluvia del cielo; y dan en los ojos fundidas con la luz del sol. Como

la brisa, soplan su fragancia alrededor, día tras día, y viven en los corazones, donde son paz y ternura. No tienes que pedirme mi bendición, ya la tienes. Sal al mundo, que va mi bendición contigo. ¿Qué mejor ofrenda puedo desear, hijo mío? Bueno, anda a ver a tu madre, y si puedes traer cualquier cosilla que ella quiera, estarás libre de tu deuda con tu Guru.»

Contestó Utonka: «Gurudev, no será posible que yo pague nunca lo que te debo, pero haré lo que me dices e iré a preguntarle a mi madre.» Y diciendo esto, se echó a los pies de su Guru, y luego se fué lentamente.

Sus compañeros no podían hablar, de pena. El Guru también estuvo un rato silencioso. Luego, dijo: «Hijos míos, ya es hora de que vayáis a pedir vuestra comida».

Los muchachos saludaron a su Guru y se fueron, unos por un lado y otros

por otro, para mendigar en la aldea la comida. Los había hijos de hombres ricos e influyentes, pero todos, sin distinción, pedían limosna.

CAPÍTULO III

Entonces, Utonka fué a ver a la esposa de su Maestro, la cual estaba sentada a la sombra de un árbol, cerca de la casa, tejiendo esteras de yerba. Tenía echado un ciervo a su vera, y sobre su cabeza un pájaro cantaba alborotadamente: «Ti ti u. Ti ti u»; y otros pájaros más pequeños revolaban de aquí para allá, sin preocupación ninguna, y bebían en los charcos que había bajo los árboles de axoka. Verdaderamente, parecía que aquellos pájaros y aquellos ciervos fueran unos con el hombre.

Después de saludar a la esposa de su

Maestro, Utonka le dijo: «Madre, mis estudios han terminado ya, y con la ayuda del Gurudev, me he hecho un bramachari. Ahora, lleno de fortaleza, tengo que salir al mundo. Dime tú, Madre, qué regalo puedo hacerte, porque me dijo el Gurudev que viniese a preguntártelo.»

La esposa del Maestro dejó a un lado la estera que tejía, y le dijo a Utonka llorando: «Hijo mío, ¿vas a dejarnos? Pero, ¿por qué me pongo triste? Anda, vete; ten mi bendición. ¡Cuántos hijos míos se han ido así, uno tras otro! Aunque no me da pena, porque del ashram van al mundo y lo benefician con su trabajo. ¿Quien va a pasarse toda la vida en este retiro de la selva? Anda; donde quiera que vayas, el cariño y la bendición de mi alma te envolverán toda la vida.»

Calló un momento, y siguió luego: «¿Qué ofrenda te diré que me traigas? Nada nos hace falta, pero hay que ob-

servar la costumbre.» Y, como si le viniese algo a la memoria, dijo con una leve sonrisa: «Me estoy acordando de una cosa. La Reina Xubaxukla es famosa en todo el mundo, y los mismos dioses respetan su virtud; los santos de la selva cantan sus alabanzas y hasta las piedras duras se derretirían por el amor de su corazón jeneroso. Ninguna persona impura puede mirarle a la cara... Pues bien; ella posee unos zarcillos de oro, de tal mérito, que el mismo Takxat, rey de las serpientes, los quisiera para guardarlos en su tesoro de las más bajas rejiones. Yo tengo gran deseo de ver y tocar esos zarcillos una sola vez, y me gustaría ponérmelos cuando vuelva a dar una fiesta a los bramines; conque tráemelos de aquí a tres días, para darme gusto. Tú eres un bramachari y no tropezarás con ninguna dificultad.»

Utonka la oyó con deleite, la saludó y

decidió salir aquel mismo día en busca del regalo.

Cuando se hubo ido, la esposa del Guru siguió sentada sin moverse, diciéndose para sí: «¿Habré hecho bien en mandar a mi hijo Utonka solo, tan lejos, en busca de la ofrenda? Pero ¿por qué tengo miedo? ¡Así verá la gloria de una mujer virtuosa antes de entrar en el mundo! ¿Qué puedo temer, si él es un bramachari?» Pensando así, recordó el afecto entrañable y la bondad de Utonka, y empezó a ponerse triste.

Ya volvían los otros niños, con el arroz y los demás alimentos que habían mendigado; pero aquel día, cosa estraña, no traían la charla y la alegre algazara de otras veces. La esposa del Guru, viendo que los muchachos parecían tristones, fué a preguntarles lo que tenían. Dijeron todos: «Es que Utonka se va». Y ella se fué a la cocina, con ellos, consolándolos.

CAPÍTULO IV

Ahora, vámonos caminando, con Utonka, al palacio del Rey Poxya, el marido de la famosa Reina.

Cuando Utonka dejó atrás los campos del ashram, entró por una espesa floresta. Era mediodía y todo estaba hermosísimo. El sol pasaba, aquí y allá, la tupida sombra de los árboles, igual que si sus rayos pusiesen escalerillas de luz y bajaran por ellas, como ladrones, a robarle flores a la oscura selva. Los pájaros asomaban sus picos rojos y negros de sus nidos de los troncos, como si los árboles hubiesen echado hojitas negras y rojas. En algunas partes, sobre los enormes troncos de los árboles jigantes, parecía que un pueblo entero de pájaros se hubiese apoderado de las ramas. Por otros lados, altas palmeras, en fila, le-

vantaban sus graciosas cabezas y, juntando sus copas, como las alas los pájaros, daban al bosque una fresca penumbra. Más allá, en un claro de la floresta, chispeantes árboles de chatim miraban al cielo, levantando sus hojas como bellos dedos. Inmensas lianas unían árbol a árbol, lo mismo que puentes; y en ciertos sitios, se figuraría uno que habían colgado columpios para que jugaran en ellos los espíritus del bosque. Utonka vió jabalíes, algunos escarbando en la tierra y otros echados en sus agujeros. De cuando en cuando, veía salir unos enormes cuernos curvos de la cortina de los árboles lejanos, y en dos o tres ocasiones, un ciervo silvestre saltó súbito y fugaz de detrás de él. Una vez, vió en la rama de un árbol una gran colmena, con las negras abejas zumbando alrededor.

Después de un buen rato, Utonka salió a una gran llanura. A lo lejos, la luz

achicharradora del sol vibraba en lenguas de fuego, bajo el cielo de un azul profundo. Antes de echarse al solazo, Utonka se sentó a descansar a la sombra, en el lindero del bosque. De pronto, como si no saliera de ninguna parte, una enorme vaca negra apareció enmedio del llano. ¡Qué maravilla! ¿De dónde habría salido? Utonka no creía que hubiese una vaca tan grande en ninguna parte del mundo, y se frotó los ojos para estar seguro de que no soñaba. Cuando dejó de frotárselos, se quedó más pasmado todavía, porque sobre el lomo de la vaca había una alta figura radiante. Utonka se puso de pie estupefacto.

Quizás estaréis pensando que Utonka se echó a correr; pero si vosotros hubierais estado allí, de fijo os hubieseis quedado inmóviles, como él, para ver la gran vaca. Le colgaban del cuello, vuelta tras vuelta de bien crecida barbilla, y

sobre su cabeza tenía dos cuernos brillantes yagudos, muy largos; sus piernas estaban cubiertas de blando pelo blanco, hasta cerca de la pezuña, y su grandísima cola blanca iba adelgazando hasta tocar casi el suelo; de su ancho testuz negro, parecía como si saliera lumbre. Sobre ella estaba un hombre fuerte, de desnudo cuerpo reluciente. Era tan encantadora la belleza de aquella visión, que Utonka no sabía qué hacer, atónito y sobrecojido de asombro.

Mientras él estaba mirándola, le pareció que, en un abrir y cerrar de ojos, la vaca se había venido, desde donde estaba, a su lado, sin mover aparentemente una pata. Lleno de sorpresa, Utonka alzó los ojos a ella y se encontró con dos ojos lustrosos fijos en él, mirando los cuales sintió Utonka una agradable frescura por todo su cuerpo, como cuando uno bebe agua fría. Entonces levantó un poco más

la cara y vió otros dos vivos ojos que lo miraban desde un rostro sonriente; y mientras miraba estos ojos, oyó, como en sueños, una voz que le decía: «Hijo mío, bebe leche de esta vaca, porque tu Guru la ha bebido también». Utonka se inclinó para beberla, y le pareció que bebía néctar. Pero, al levantar la cabeza, después de beber, la vaca y su jinete habían desaparecido, y no quedaba rastro alguno de ellos. El llano llameaba todo de sol. Cerca estaba la espesa selva sombría y venía de ella un rumor de abejas y de pájaros. Ardillas de lindos cuerpos listados salían corriendo de su cobijo del bosque al campo abierto, miraban tímidas a su alrededor, se sobresaltaban de pronto y huían de nuevo al seguro de la selva.

Sin volver de su espanto, Utonka se dijo: «Entonces, ¿todo ha sido un sueño? ¿Es que estaba dormido? ¡Pues no puedo

quedarme dormido de este modo y soñar estas cosas yendo de viaje! ¡Tengo que volver con el regalo! ¿Cuánto distará de aquí el palacio del Rey?»

Pensando así, salió andando a grandes pasos; pero no se dejaba de decir: «¿Qué será eso que he visto? ¿Se me habrá aparecido algún dios?» Y al preguntárselo, empezó, sin darse cuenta, a detener el paso. Volvió a acordarse del regalo, y se apresuró de nuevo.

CAPÍTULO V

Utonka llegó al palacio del Rey Poxya al anochecer, pensando que haría lo posible por conseguir los zarcillos al momento y volverse aquella misma noche; conque, sin detenerse, se fué derecho al Rey y le dijo lo que quería. El Rey, después de saludarlo con profundo res-

peto y de darle agua para sus pies cansados, le pidió que primero se lavara las manos y la boca y descansara un rato. «¿Por qué tienes tanta prisa?», le dijo. «Tú mismo puedes ir a los aposentos interiores de la Reina, a pedirle lo que deseas.»

«Rey, vive muchos años y con prosperidad», le contestó Utonka. «Yo hubiese querido volver esta noche misma con los zarcillos, pero ya que esto no es posible, déjame, al menos, pedírselos a la Reina ahora, porque mientras tenga duda, no habrá paz en mi espíritu.»

El Rey le sonrió lijeramente y le dijo: «Bueno, entra en el palacio. El guardián te guiará, pues yo tengo que ir a la oración de la tarde y no puedo acompañarte.» Diciendo esto, el Rey se inclinó profundamente ante Utonka, y se fué. Utonka no cabía en sí de gozo, y levantando las manos en bendición, se fué tras el guardián a los aposentos interiores.

En la penumbra del anochecer, las luces temblaban en todos los salones del palacio. El dios del fuego estaba sentado, en su templo, sobre el altar, coronado de llamas, y se oía una salmodia, al son de las campanas vespertinas. Al entrar en el palacio interior, vió Utonka un hermoso árbol de bokul que había en un patio oscuro. Por todas partes la luz de las lámparas se derramaba de las ventanas y hacía que las hojas parecieran desde lejos negras y brillantes. Junto al árbol estaba una gran vaca, cuyo cuerpo, de un hermoso rojo pálido, se veía negro en la escasa luz de la hora. Tenía la vaca una blanca luna nueva en la frente y el polvo blanco de alrededor de sus pies era bellísimo. De su cuerpo venía una dulce fragancia, que todo lo llenaba de paz. Y sentadas ante ella, varias muchachas, con trajes de seda roja, quemaban incienso en las lámparas.

Cuando llegaron a una de las salas, el guardián se detuvo y dijo a Utonka: «Bramachari, aguarda aquí un poco, en este salón, que voy a llamar a la Reina. Ella te recibirá en la sala inmediata.» Y diciendo así, mientras Utonka se sentaba para esperar, el guardián se fué hacia la vaca.

Mientras esperaba, creía Utonka sentir en todo una calma y una paz benditas. Veía pasar y volver a pasar por el patio las servidoras de la Reina, vestidas de seda roja y con lámparas en las manos, a cuya luz sus caras eran alegres y bellas, radiantes de gozo y de paz. Al fin, volvió el guardián y llamó a Utonka, quien siguiéndole despacio, entró en una estancia, enmedio de la cual ardía una viva luz clara. Una suave fragancia salía del aceite de olor dulce y el incienso subía por todas partes. Pero la estancia estaba, al parecer, completamente vacía.

Utonka entró y no vió a nadie. El guardián le indicó un asiento incrustado de madreperla para que se sentara. Al sentarse, le preguntó al guardián: «¿Todavía no ha venido la Reina?» El guardián le contestó con evidente asombro: «Pero si está ahí, sentada en ese trono de concha, con un vestido rojo... ¿No la ves?»

Por más que Utonka miraba, no veía absolutamente nada, y esclamó: «¿Qué estás diciendo? ¿Te estás burlando de mí? ¿Dónde está sentada la Reina? Yo no la veo...»

El viejo guardián se echó a reir y respondió: «Bramachari, no te enfades conmigo, pero creo que debes estar impuro cuando no puedes ver a la Reina.»

Entonces el bramachari recordó la visión que había tenido en la linde del bosque y se dijo: «Pues me va pareciendo que aquello no fué un sueño. Aquello era verdad, y como no me he lavado la

boca después de beber la leche, estoy impuro y no puedo ver a la Reina. ¡Y yo que creía que todo aquello había sido una ilusión! ¡Qué maravillosa debe ser la gloria de esta Reina!»

Así pues, Utonka se levantó y fué corriendo a lavarse. Se lavó la boca y las manos, y volvió, y la gloria de la Reina le fué revelada. Estaba ella sentada en un trono adornado de esquisitas perlas; su vestido era de seda roja; su cara resplandecía tanto, que el mismo oro de sus zarcillos se quedaba mate comparado con ella, y la belleza de su sonrisa era como una estrella o una flor. Mirándola, creyó Utonka que le habían salpicado la frente con gotas de rocío, y no podía quitarle los ojos. Y pensó que el palacio donde vivía mujer semejante debiera ser, en verdad, morada digna de los dioses.

La Reina, entretanto, había descendido de su trono y hacía reverencia a

Utonka. Como caen sacudidas las flores del árbol de sal, con una brisa pasajera, así parecía que se derramaban bendiciones del corazón de Utonka, quien dijo: «Que la buena suerte te acompañe por siempre, Madre. Vengo a pedirte una dádiva de tus manos jenerosas. Dame tus zarcillos.» La Reina Xubaxukla, sonriendo blandamente, se quitó, con gracioso jesto, los zarcillos, inclinando al hacerlo su cabeza. En ese instante entraba una sirviente de la Reina con una bandeja, donde traía miel, requesones, pasta de sándalo, padi y un ramo de hojas de bokul (*). La Reina tomó la bandeja de manos de su dama, dejó en ella los zarcillos y la puso a los pies de Utonka, postrándose ante él. Utonka aceptó el presente y cojió los zarcillos para verlos. Entonces la Reina le

(*) Estas cosas se dan, en señal de respeto, a huéspedes principales.

dijo con dulce voz: «Bramachari, guárdalos bien, que el Rey de las Serpientes tiene muchas ganas de cojerlos.»

«Bueno», dijo Utonka, y se levantó y bendijo a la Reina así: «Que la paz sea contigo y que sus brisas invisibles te refresquen el corazón.»

Lleno de alegría, Utonka abandonó los aposentos interiores, acompañado siempre del guardián. Xubaxukla abrazó a su amiga, y le dijo riéndose: «¡Qué feliz me siento hoy, compañera mía! Al dar esos zarcillos de oro, que nada valen, al bramachari, me he hecho más santa». Su compañera se rió también oyéndola, y dijo: «También nosotras sentimos tu felicidad. ¡Y que Takxat no le salga al bramachari por el camino!» Xubaxukla contestó: «Aunque fuera así, ¿quién podría hacer daño a un bramachari? Si él perdiera los zarcillos o se los robaran, los dioses conspirarían para devolvérselos».

Mientras tanto, Utonka, con sus zarcillos, miraba asombrado, al salir, la hermosura y la gracia del palacio. Se encontró al Rey, que volvía de su oración vespertina con las manos llenas de flores, las que, al ver al bramachari, derramó ante él saludándolo.

Utonka fué al Rey, y le dijo: «Mi petición, Rey, ha sido satisfecha. He obtenido el regalo de la Reina. Y ahora me despido de ti».

Le contestó el Rey: «Pero no es posible que te vayas tan pronto... Quédate siquiera esta noche».

Así pues, Utonka se quedó aquella noche en el palacio.

Todo el rumor de los pájaros, de las bestias (*) y de los hombres se fué callando, y en la profundidad de la noche, Utonka pensaba en el esplendor del palacio real. Le parecía como si mensajeros

(*) Así en el orijinal inglés.

celestiales descendieran por la luz de la luna y, de pie alrededor del alcázar, cantaran, con suave tono, cánticos santos. Se acordó otra vez, maravillado, de su visión de la vaca. Luego, se puso a pensar en la esposa de su Guru y en sus compañeros, de quienes tan pronto había de separarse. Todas las mil cosas que le habían sucedido, desde que fué, de niño, al ashram, se le venían a la imajinación. Y así siguió pensando y pensando hasta que sonó la medianoche. Entonces, cojió bien los zarcillos, y diciendo el nombre de su Guru, Utonka dió media vuelta y se quedó dormido.

CAPÍTULO VI

Los campos están solos, sin hombres ni animales. En lo alto, el sol intenso achicharra; pero un vendaval se ha levantado que arremolina una polvareda

blanca hasta sus ojos. Mirad a lo lejos, y veréis que las ramas y las hojas del bosque están todas bailando, como elefantes locos que golpearan sus trompas contra los cuerpos de sus compañeros. Un silbido jadeante se oye sin cesar. Sobre los campos, los remolinos de polvo vienen abalanzándose, lo mismo que frenéticas hordas de espectros blancos, que a ratos jiran y jiran, y otros se levantan en alto jigantescamente.

Parece que no hay una sola nube; pero bajo aquellos árboles lejanos, el cielo está lúgubre y amenazante. Y el viento loco sopla fuertemente, sin cesar.

¿Quién será ese que corre, con su manto al viento, como las alas de un pájaro que lucha por la vida con todas sus fuerzas, contra la tempestad? ¡Quién ha de ser más que nuestro amigo Utonka, que vuelve al ashram con los zarcillos!

Utonka dejó el llano y se cobijó tras un

árbol. ¡Cuidado, Utonka, mucho cuidado con tus preciosos zarcillos, que este es el mismo sitio donde se te apareció la misteriosa vaca, y te hizo beber su leche! ¡Toda clase de cosas sobrenaturales ocurren aquí! ...Parecía que Utonka se daba cuenta del peligro que corría, pues sentándose cuidadosamente, se dijo: «A ver si puedo averiguar el sentido de lo que ayer me pasó...»

Estuvo mirando fijo, durante un largo rato, al campo polvoriento, y nada pudo divisar; pero al mirar atrás, vió una cosa estraña. Como a unos dos o tres pies del suelo, estaba un alto mendigo de cabeza rapada, feo y casi desnudo, y que venía hacia él. Tenía su cara monda y arrugadas sus mejillas, y en su frente, tres o cuatro horribles surcos negros. Venía haciendo unas muecas espantosas, y agachándose, se golpeaba sin parar con las manos los huecos costillares. Era

como si un torbellino de polvo atosigado por el viento, intentase arrastrarlo entre sus garras.

Utonka se preguntaba qué iba a suceder, cuando desapareció el mendigo. Entonces se echó a reir de haberse dejado engañar por una ilusión tan estravagante; pero pronto se quedó atónito de nuevo, porque el mendigo medio desnudo de la cabeza afeitada, apareció flotando en el cielo y se borró otra vez en un abrir y cerrar de ojos.

Se echó Utonka a reir nuevamente y pensó: «Cuando vuelva el mendigo, de seguro se pondrá de pie sobre mi cabeza, y entonces podré echarle mano al Señor Prestidijitador». Esta idea le volvió su buen humor, y se levantó rápidamente, pero el mendigo no se veía ya por ninguna parte. Quien vió en vez de él fué el poderoso Takxat, que salió como un relámpago de un agujero al lado suyo, y

echándosele a los pies, le cojió la caja de los zarcillos, y saltó otra vez a su cubil.

Cuando Utonka se dió cuenta de la injeniosa astucia de aquel malvado Rey de las Serpientes, fué acometido de una gran desesperación, pero luego logró serenarse y se puso á rezarle a Indra, diciéndole: «¡Poderoso Indra, que con tu rayo puedes hacer polvo una roca y el mundo entero cenizas; ven y ayuda a este pobre y desvalido bramachari! ¡Indra, tú, cuyas nubes dan grata sombra al ardoroso y fatigado caminante; que das agua a los sedientos y ricas cosechas a tus devotos; ayuda a este pobre y desvalido bramachari!»

Con los ojos en el cielo, rezaba Utonka así, juntando las manos; y mientras miraba a los aires, descendió una nube sobre su misma cabeza. Luego, Utonka sintió caer una lluvia suave, y brilló un arcoiris; y de parte a parte de la nube,

bailaron chispeando agudos destellos. Utonka vió que alguien estaba sentado enmedio de la nube oscura, animándole con una amorosa sonrisa. Se puso a mirar fijamente, y mientras miraba, la nube descendió más y más, con suave murmullo de agua, y al fin, empapando a Utonka con su rocío, se sumió en la tierra. El suelo se abrió como herido por el rayo, y Utonka, sentado sobre el arco-iris, en el centro de la nube negra, bajó a las rejiones subterráneas. Entrando en el corazón de la tierra vió, suspendidas de todos lados en su carroza de nubes, las copas de muchos árboles de dulce perfume, entre cuyas ramas aleteaban un sinfín de insectos de vivos colores. Sentado allí, sentía una grata frescura. De pronto, dejó de moverse.

CAPÍTULO VII

Las rejiones subterráneas no existen mas que en la amable fantasía de los poetas. Para nutrir a un arbol hacen falta el aire y la luz, fuera, mientras que dentro es necesaria la fresca savia sacada de las oscuras rejiones bajo tierra. Así tambien la vasta tierra necesita savia, como el árbol, que le dé fuerza.

Cuando el entendimiento y la imajinación de los poetas estaban llenos de la hermosura, inmensidad y poderío de este mundo, de las estrellas y de los planetas, intentaron, con la alegría de ese poder, espresar el ritmo del espíritu del universo y la idea de esta enerjía interior, en muchas y variadas imájenes.

Las rejiones subterráneas eran para ellos un arca sin fondo, de donde el mundo, erguido como un inmenso árbol

de ramas infinitas, se nutría. Así como las raíces de un árbol están en la tierra, de la cual sacan su savia fresca, las raíces del mundo descienden a las rejiones subterráneas. Esa enerjía que veis manifestada en el mundo, con luz y con destellos de relámpago, tambien estaba recojida y atesorada en las cámaras ocultas de lo subterráneo; y los cuadros variables de las estaciones que, a medida que los años pasan sobre el mundo, vais viendo, no son sino la copia de las obras orijinales que están allí guardadas; y los días y las noches siempre nuevos en el mundo, no son más que el juego de un poderío oculto allí.

En este almacén, hay guardadas muchas maravillas, de modo que tales rejiones están invadidas de terror y nadie se atreve a entrar solo en ellas. Espantables serpientes dan vueltas y más vueltas, silbando feroces; los centinelas vijilan

sobre enormes montones de joyas y perlas, por encima de los cuales cuelga siempre un espeso vaho lóbrego, como una nube, del cual, de vez en cuando, salta, en la quietud, el súbito fulgor de un relámpago. Allí silba, afilado, el viento, que no es voluble como nuestras brisas, sino constante y mudo y de un frio penetrante. Y ecos profundos, como de miles de caracolas sopladas a un tiempo, resuenan por todas partes.

Al llegar a la entrada de estas rejiones, Utonka, deteniéndose, oyó un son como el rujido de un poderoso mar. Estaba espantado. Ya comprenderéis lo alerta que tenía el pensamiento en este instante. La oscuridad y el aullante sonido llenaban su entendimiento de duda y de temor; pero después de estar un largo rato inmóvil por el miedo, empezó a concentrar su pensamiento y se sentó a meditar en Indra.

No olvidéis que quien tiene el don de concentrar profundamente su pensamiento, puede compenetrarse en cualquier instante con la presencia de Dios, porque Él está presente en todo tiempo y lugar. Utonka era un verdadero bramachari, y por lo tanto, había adquirido una fuerza considerable de concentración. Estaba, pues, sumido en una meditación honda, cuando un horrendo sonido traspasó la oscuridad hacia su derecha, como si el fulgor de un fuego llameante se hubiese revelado de pronto; y con solemne tono, una dulce voz sonó en su oido, que le decía: «Utonka, entra en este aposento».

Levantóse Utonka y vió una bella llama brillante que lo sobrecojió de sorpresa y alegría. El se había levantado muchas veces, en lo oscuro de la noche, a adorar el fuego llameante, y ahora, en la oscuridad de las rejiones subterráneas,

la vida se le llenaba, en un momento, de poder, por virtud del brillo de la gran luz esplendorosa.

Utonka avanzó hacia la luz, entonando un cántico devoto. Al acercarse a ella, vió que no era fuego, sino una inmensa puerta dorada que resplandecía vivamente. Utonka, un poco avergonzado, pensó: «¡Ay; lo que he estado adorando no era mas que una puerta de oro, y yo creí que era fuego! Pero ¿no estará el dios del fuego en este salón?» Acercose a la puerta, y no bien la hubo tocado, se abrió de golpe, con una fuerte racha de viento. Entró Utonka y vió una cosa maravillosa. Era una sala inmensa, llena toda de blanca luz, enmedio de la cual, relumbrando como un fuego brillante, estaba un caballo de grandes ojos muy abiertos, y a su lado, de pie, un hombre fornido; y alrededor, cercándolos por todas partes, seis muchachos

primorosamente vestidos bailaban locos, arrojando de sí a cada instante un vestido y poniéndose otro nuevo. Cerca, y sentadas en tronos de oro, vió dos doncellas de belleza esquisita, que tejian, muy atareadas, en un telar, un paño con hilos de dos colores, vivo uno como el color dorado de sus cuerpos y el otro negro como sus cabelleras de azabache. Le echaban, una vez y otra, el paño a los muchachos, quienes, riendo alegremente, lo cojían y se ceñían con él. Dos centinelas vijilaban de pie, inmóviles.

Utonka estaba cada vez más sorprendido con lo que veía. Los centinelas parecían tan forzudos que pensaba que podrían dominar a aquel radiante caballo de llamas. Tan derechos tenían los cuerpos y tan enérjicos, y eran tan firmes sus brazos, que parecía serles muy fácil domeñar, si lo querían, al león más poderoso. Pero la espresión de sus rostros

era más bien de apacibles ánjeles sonrientes.

Utonka se volvió a mirar al hombre que estaba de pie junto al caballo, y al mirarle de cerca vió que era el mismo que se le había aparecido sentado sobre la vaca, en la llanura. El hombre le dijo con una sonrisa buena: «Hijo mío, saca de aquí este caballo, respira una vez en sus narices, y tendrás de nuevo los zarcillos». Utonka, estupefacto, sacó el caballo fuera y, como le había dicho el hombre, sopló recio en sus narices. Los pelos del caballo se pusieron de punta, y, poco a poco, empezaron a echar fuego, uno por uno, el cual fuego fué consumiendo rápido y sin el menor ruido las moradas subterráneas, de modo que no quedó rastro de ellas. Pero, cosa estraña, el fuego no tocó en absoluto el cuerpo de Utonka, quien gritó poderosamente: «¡Mi adoración del fuego ha dado fruto! ¡Fuego po-

deroso, te saludo! ¡Fuego bello, te saludo! ¡Fuego potentísimo, llévame en un carro de oro hasta los mismos cimientos de la tierra! ¡Dios del fuego, ahora comprendo que es tu trono el que está tendido en las misteriosas profundidades; y ante ti ¡oh glorioso! me inclino!»

Después de esta jubilosa salutación, Utonka miró al frente, con su rostro encendido por los rayos vivos del fuego, que corría por todas partes vibrando, escarlata como las flores de un arbol de dhak. Y vió que estaba frente a frente de Takxat, quien enloquecido por el calor horrible, huía vergonzosamente, dejando caer, con su prisa, los zarcillos, que quedaron, como flores de oro, a los pies de Utonka. Y en cuanto Takxat desapareció, se concentró el fuego, entrándose otra vez en el cuerpo del caballo.

Utonka recojió los zarcillos y fué a decir algo, pero repentinamente se dió

cuenta de que toda aquella visión se había disipado. Por todas partes, la fresca luz del sol que amanecía se filtraba por los árboles; el rocío estaba aún en las hojas; cantaban los pájaros y, allí al lado, corría el mismo río del ashram de su Guru.

Durante algún tiempo, Utonka permaneció inmóvil, suspenso y estrañado. Al fin se puso nuevamente de pie y, riendo, esclamó: «¡Bah, otro sueño!» Y pensativo, con los ojos entornados, siguió despacio hacia el ashram.

Cuando iba llegando, vió que muchos invitados bramines estaban sentados, radiando gozo sus caras, alrededor de Ved, su Guru; y todos miraban, reverentes, hacia el lugar donde estaba sentada la esposa de Ved, que se mostraba algo inquieta por la tardanza de Utonka. «Todos han venido», decía. «¿Por qué tardará tanto él? ¿Le habrá sucedido algo por el

camino?» A lo cual contestó Ved rápidamente: «No te apures, que llegará ahora mismo». No había acabado de decirlo, cuando salió Utonka de detrás de un cortinal de jazmines y, en el mismo instante, los ojos del Guru y los de su esposa se encontraron con los suyos.

Todos estaban maravillados. Utonka se postró primero ante el Guru y su esposa, y puso a los pies de ellos los preciosos zarcillos. Luego, saludó a los demás de la compañía. A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas alegres cojiendo los zarcillos, y se fué hacia la casa mirándolos.

Utonka, después de recibir la bendición del Guru, se estuvo quieto a un lado del corro. Y empezó a hablar diciendo: «Gurudev, hoy he gustado la enerjía infinita del mundo. Mi disciplina ha dado fruto. Me sumí en las rejiones subterráneas, y vi la belleza del día y de la noche, el inquieto baile de las seis esta-

ciones, y todas las formas imperecederas de la hermosura de esta tierra. El dios del fuego ha puesto en mí su seña, y la gloria de la llama escondida ha llenado de maravilla mi entendimiento. Indra ha morado en el trono de mi corazón. Y ahora tendrá éxito mi vida en el mundo. Gurudev, te pido que tu bendición vaya para siempre conmigo y me ayude.»

Después, Utonka se sentó a los pies de su Guru y le pidió permiso para partir. Ved le dió una bendición amorosa de adiós, y le dijo: «Hijo mío, que tu entendimiento sea siempre feliz, y que tu trabajo dé fruto en el mundo; que la nobleza del propósito se abra como una flor en tu corazón; y que todos mis discípulos puedan, como tú, llevar a cabo sus nobles intenciones».

CONCLUSIÓN

Se acabó el cuento. ¿Será necesario decir más de la constante nobleza de propósito que floreció en el corazón de Utonka?

Lo que deseo es que vosotros también podáis aprender a apreciar los más hondos misterios de este mundo, que podáis admirar la belleza de la vida pura y noble, y atesorar, en cada instante, la bendición de vuestros maestros.

Y que esta bendición, ascendiendo a las nubes, caiga en vosotros como tierna lluvia; y fundiéndose en la luz del sol de la aurora, cada día, se haga visible a vuestros ojos; y alentando en el viento, pueda traer una paz profunda a vuestros corazones. Que vuestros entendimientos sean felices y rebosen de la alegría y la fortaleza del universo; que vuestras vidas

den fruto en el mundo, y que florezca en vuestros corazones la nobleza del propósito. Sed también fuertes y decididos; y ojalá podais cumplir vuestro designio espiritual, consagrándoos a Dios.

Om Shanti, Shanti, Shanti.—Om Paz, Paz, Paz.—

Paraíso

Palabras de Rabindranath Tagore

a los estudiantes japoneses de Tokío.

LAS siguientes palabras fueron dichas por Rabindranath Tagore ante un auditorio de niños japoneses y estudiantes de la Escuela Normal de Tokío. Espresan tan plenamente los ideales de Shantiniketan, que las creo útiles para los lectores de este libro, a fin de comunicarles el espíritu con que Rabindranath Tagore se pone en contacto con los maestros y discípulos de su Escuela:

«MIS queridos amiguitos; no os asustéis de mí, ni creáis que voy a daros una larga conferencia, ni un buen consejo, ni lecciones morales. Ya sé yo que estoy imponente con esta barba cana mía, mi pelo blanco y mi ropón indio. Los que sólo me conocen por fuera, creen equivocadamente que soy un viejo, y me dan el lugar mejor, y se me quedan a distancia en señal de respeto; pero si yo pudiera enseñaros mi corazón, veríais lo joven y lo tierno que es, tal vez más que algunos de vosotros. Y veriais también que soy lo bastante niño para creer en cosas de esas de las que las personas maduras

y aun los mismos estudiantes de estos tiempos de superior sabiduría, se avergüenzan; digo, que creo en una vida ideal. Creo que una florecilla esconde una fuerza viva, en su belleza, más poderosa que un cañón Maxim. Creo que, en el canto de un pájaro, la Naturaleza se espresa con una enerjía más grande que la que el rujido ensordecedor de un bombardeo manifiesta. Creo que un ideal se cierne sobre la tierra, un ideal de un paraíso que no es un mero producto imajinativo, sino la última realidad a que tienden todas las cosas. Creo que esta visión del paraíso es evidente en la luz del sol, en el verdor de la tierra, en el manar de las aguas, en la hermosura de la primavera, en la paz de la mañana de invierno. Por todas partes este espíritu del paraíso está despierto y saca su voz de la tierra. Somos sordos a su llamada, la olvidamos; pero la voz de la eternidad se derrama como

de un órgano potente y llega a lo más hondo de nuestro ser con su música. Aunque no lo sepamos, es verdad que en todas partes hombres y mujeres viven en el ambiente de estos sonidos y que esta voz de lo eterno les llega a su interior oir. Ella modula la melodía de las arpas de la vida, impulsándonos en secreto a afinar nuestras vidas propias, de acuerdo con el ideal, y a elevar nuestra aspiración al cielo, como las flores exhalan su aroma en el aire y los pájaros sus cantos. Aun los más depravados se han conmovido en algunos momentos de su vida con esta voz y por eso no se han perdido del todo; han sentido en lo más hondo una belleza bajada a ellos del cielo mismo.

Es posible que estas cosas os parezcan aleluyas infantiles, demasiado disparatadas para que las crea una persona mayor. Pero yo soy uno de esos niños que nunca se hacen viejos, y me atrevería a pedi-

ros que me acojiérais como uno de vosotros.

Sé que algunos de los que me oyen están estudiando para maestros. Esa es también mi vocación, pero no me prepararon para ello. Yo tengo una escuela donde intentamos inculcar a los niños la ciencia mejor y los más altos ideales de la vida. He de confesar que yo fuí un tunante y que dejé de ir al colejio cuando tenía trece años, conque mi ejemplo no es bueno de seguir; pero luego he tratado de desquitarme del tiempo perdido y me he puesto a esta tarea de enseñar a mis niños de Bolpur.

Para ser maestro de niños es completamente necesario ser como un niño, olvidar lo que sabemos y que hemos llegado al término de los conocimientos. Si se quiere ser un verdadero guía de niños, no hay que pensar en que se tiene más edad, ni que se sabe más, ni nada por el

estilo; hay que ser un hermano mayor, dispuesto a caminar con los niños por la misma senda del saber elevado y de la aspiración. Y el único consejo que puedo daros en esta ocasión, si habéis de dedicaros a enseñar a los hijos del Hombre, es éste: que cultivéis el alma del niño eterno.

DESPEDIDA

POR

RABINDRANATH TAGORE

EN la creación de Dios, nada tiene fin. Todo lo que es verdadero, permanece. En el jardín de Dios, la flor abre y se mustia, pero cuando se mustia no es que acaba; florece otra y otra vez. Las estaciones vienen, se van y vuelven, y en su sucesión está la verdad. Así, todas las relaciones reales, las felicidades ciertas, son continuas, no pasajeras. En su sucesión no cesan verdaderamente.

Las obras del hombre tienen el estigma de muerte que tienen, porque la mayor parte de nuestras actividades carecen de sentido y porque nuestras enerjías las empleamos en abastecernos de cosas y

placeres sin eternidad en el fondo. Por eso intentamos dar a todo, a fuerza de añadiduras, un aspecto de permanencia. El hombre, ansioso de prolongar el placer, intenta sólo sumar, y tememos detenernos por miedo de que algún día todo termine.

A la verdad es a la que no le importa ser pequeña ni llegar a un fin, como un poema, que no por terminado está muerto, y no porque un poema esté compuesto de versos infinitos, pues si eso fuera así, sabríamos que el poema no era verdad. El verdadero poema sabe cuando concluir; se ha cojido a algún ideal permanente del hombre, que es de todos los hombres, y el principio interior de toda la creación. Si un poema ha alcanzado este ideal de perfección, sabe que, deteniéndose, no muere, sino vive.

Así, el encontrarse verdadero puede permitirse finalizar, porque nunca llega

a un término, sino que tiene su continuidad en la verdad. En lo que somos verdad, somos inmortales; y cuando estamos de parte de la verdad, estamos de parte de la inmortalidad. Pero el hombre, al dar su vida a cambio de objetos sin sentido, la derrocha; y si hacemos de estas cosas nuestra meta, entonces la vida es una vida de muerte.

En nuestro vivir diario, nos encontramos con muchos hombres que pasan como sombras sobre nuestra vida; pero cuando nos encontramos en la verdad, todo es diferente. Nosotros nos hemos reunido en este rincón de la patria. Como yo, ansiáis la verdad. Todos somos niños que lloramos a oscuras por nuestra Madre eterna, sin saber que ella está, mientras tanto, en la cama con nosotros. Ignorantes, creemos que estamos separados; pero cuando la lámpara se enciende, vemos que nuestra Madre

no se había movido de allí. Entonces sabemos que somos hijos de la misma Madre, que, enmedio de las diferencias de raza y de clima, somos hijos de la misma Madre; y el grito de la India, «¡llévanos de lo irreal a lo real, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la inmortalidad!», sale de nuestros labios. Oyendo esta oración, sabemos que aquellas diferencias son lo irreal, y que lo real es que somos uno. Bajo estos árboles hemos llamado a Él, con voces unidas, Padre, y hemos sabido que este es nuestro verdadero parentesco, el cual nunca podrá perderse, sino que seguirá, hondo, en nuestras almas.

Nuestro parentesco personal con este mundo comenzó en el amor. La Madre nos trajo, el amor del Padre nos envolvió y nos nutrió. Poco a poco, con la clave de este amor, llegamos a ver que sólo este parentesco era el definitivo. Los

objetos de nuestras pasiones eran cosas destructivas, o sombras, que hacen irreal la vida que está llena de ellas. Cuando nos encontramos en Dios, nuestra vida se perpetúa en la verdad. No tiene en ella ese elemento de falsedad. Y esto es lo que hemos de recordar, y en ello tenemos el sentido de las palabras «¡llévanos de lo irreal a lo Real!».

Al alimentarnos, nuestro cuerpo asimila el alimento y sigue adelante con su obra de creación. Si comemos polvo o cascajo, no nos creamos, sino que nos destruimos. La verdadera relación del hombre con el hombre es, también, creativa. Esta reunión nuestra, bajo estos árboles, será también creadora en nuestras vidas y se hará más verdadera cada día. Es cierto que, como la luz del día de Dios, todas nuestras enerjías pueden estar sumidas bajo el sudario de la oscuridad nocturna, por algún tiempo; pero la luz vuel-

ve a vivir de nuevo. Así son todas las relaciones verdaderas, y permanecerán hasta el fin de nuestras vidas, sin perderse jamás. Irán creciendo, y entrarán en una vida grande, que tendrá la realización de su propósito en lo que ha de venir. Y yo ofrezco a Dios mi oración para que Él nos lleve de todo lo que es trivial, sin sentido, inconexo y estraño, a la verdad del amor.

¡Llévanos a lo Real, a la Verdad que es eterna! ¡De esta oscuridad que nos ciega, a la Verdad infinita que dice que Tú eres nuestro Padre verdadero! ¡Líbranos de las tinieblas del deseo, esa miseria del corazón! ¡Entranos en la luz!

¡De la muerte, llévanos a lo Inmortal! ¡De todo lo que es transitorio, llévanos a la Verdad eterna!

FIN

DE MORADA DE PAZ

ÍNDICE

Págs.

Morada de paz:

Canción de la escuela de shantiniketan, por rabindranath tagore . . 13

Prólogo de rabindranath tagore . . 19

Shantiniketan, por w. w. pearson . . 31

El regalo al guru, cuento, por satish chandra roy. 87

Paraíso, palabras de rabindranath tagore a los estudiantes japoneses de tokío 137

Despedida, por rabindranath tagore. 147

(NOTA DE LA TRADUCTORA:

NINGUNA obra, y menos si es traducción, puede tener, mientras su autor viva, sino un valor transitorio. En cada nueva edición, este libro se ha de ir desnudando más, maestro de sí mismo, hasta llegar a su espresión permanente.)

Madrid, 1919.

FIN

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 067082898